

CANDELA MUZZICATO

ÉL ES MI BOXEADOR

PRIMERA PARTE

PRÓLOGO

Agarro firmemente mis dos maletas antes de dirigirme a la puerta, mientras mis manos tiemblan por la emoción de verlos de nuevo. El frío de la noche no hace nada por calmar mi ansiedad. El nerviosismo simplemente se instala en mi sistema, impidiéndome pensar en otra cosa que no sean ellos.

El sonido del viento revoloteando las copas de los árboles suena junto con las ruedas del taxi detrás de mi tenso cuerpo emocionado, rodando con rapidez sobre el asfalto, alejándose con rapidez de mí para recoger a otro cliente.

Entonces, me quedo sola en la oscuridad, las estrellas y la luna, siendo esta casi la única fuente lumínica a mi alrededor. Las farolas no se encuentran encendidas y si no fuera por la luna y las pocas casas con vida de la cuadra, no podría ver el camino por donde mis pies pisan. Mis piernas se sacuden, impidiéndome caminar cómodamente, mientras me acerco cada vez más al edificio, los hechos que me trajeron aquí bombardeando una vez más mi mente, tal y como lo hicieron las últimas horas.

Hace cinco años que no veo a mis hermanos. El mayor motivo se simplifica a que ellos se cansaron de cumplir las estrictas reglas de mi padre ya a su muy temprana edad. Él tenía la manía de controlarlo todo y quería que todo estuviese a la perfección, cada cosa en su lugar y sin ningún defecto, por lo que los gemelos juntaron una cantidad de dinero suficiente durante años. Iban insistiendo a mi padre para dejarlos marchar, y al fin se fueron a otra ciudad para vivir con mi tía, quien desgraciadamente murió hace poco más de un año por un cáncer de pulmón. Por supuesto, ante el cariño hacia mis hermanos y la familia en general, en su herencia aclaró que el departamento les quedaría a ellos, aunque no tuvieran dieciocho. A pesar de las insistencias, no la veía tanto como yo quería. Apenas llegábamos a vernos unas horas cuando la visitábamos antes de volver en el *jet* privado de mi padre a casa. Por lo que, simplemente, mi tristeza no fue tan grande como la de mis hermanos al enterarme de que ella murió.

Aun así, nada me detuvo a llorar durante una semana entera.

Luego, con mis hermanos de vez en cuando nos hablábamos por teléfono, pero no era lo mismo para ninguno. Me enviaban regalos que de seguro eran muy lindos y que, sin embargo, no abría. Los guardaba para algún día poder abrirlos con ellos. Típicos deseos de una niña: querer abrir obsequios estando en presencia de su familia. Los extrañaba tanto. No sé cómo es que pude sobrevivir tanto tiempo sin mis hermanos, sus llamadas eran mi sustento, mi alegría del día. Me prometían que iban a volver solo para verme, dándome esperanzas de tener de nuevo la familia que antes éramos, pero no lo hicieron. Cada cumpleaños que pasaba y ellos no estaban dejé de pensar y de creer que cumplirían esa promesa. Así que cada Navidad me la pasaba con una trabajadora que estaba en mi casa. Ella fue como una segunda madre para mí. Soportaba mis llantos, mis tristezas y mis caídas. ¿Cómo es que considero más de mi familia a una empleada que a mi propio padre y hermanos?

Mi padre es un empresario muy exitoso por gran parte de América, Europa y Asia, y a causa del trabajo excesivo, me permitió quedarme con ellos. Pagó un pasaje de avión en primera clase —por supuesto, sin afectarle nada a su cuenta bancaria—, con el mejor entretenimiento y comida que una chica podría pedir. Y al fin, aquí estoy. Y a pesar de saber que mi padre ni siquiera pensó por un segundo la idea de dejar a su hija viajar a otra ciudad, sola en un avión, estoy alegre por alejarme. De dejar finalmente todo atrás, con la esperanza de poder verdaderamente avanzar.

Otro de los motivos por los que me dejó venir, dejando de lado el hecho de que él apenas estaba en casa y prácticamente me cuidaba sola, fue porque tuvo la obligación laboral de ir a otro país durante más de un año para supervisar la construcción y todo lo que conlleva el trabajo de su nuevo hotel de lujo. Su trabajo carcome todo su tiempo y, no muy a menudo, lo veo en casa. Cuando él está, pocas veces nos dirigimos la palabra. Su cansancio es enorme, sus espantosas ojeras y ojos inyectados en sangre lo delatan. Hay veces que quisiera tener un padre como el de todos: que se preocupa mucho por mí, que pasa tiempo conmigo y me ayuda con mis problemas de adolescentes, dudas y esas cosas. Sin embargo, él no es así, ya no más.

Toco el pequeño timbre del piso de Sam y Tyler, y espero.

William, mi padre, casi nunca estaba en casa. Por lo que siempre me quedaba más sola que un burro en un desierto. Este viaje me alegró la vida tan miserable que tenía. Quería ver tanto a mis hermanos, los extrañaba demasiado. Ellos son gemelos y dos años mayor que yo, por lo tanto, siempre se sintieron con mucho poder sobre mí cuando era pequeña. En los juegos, había veces que me dejaban ganar, pero otras, cuando yo les ganaba por voluntad propia, decían que por ser los más grandes, ellos ganaban. Me obligaban a darles algún que otro premio por ser los vencedores. De acuerdo, no era tan malo, ya que también el premio lo tenía yo. Hacer unos batidos de chocolate con crema justo en la cima no era tan malo. Siempre terminaba tomándome uno con ellos. Tyler y Sam amaban, aman y siempre amarán mis batidos. Son sus favoritos, y mucho más cuando eran hechos por mis pequeñas y delicadas manos.

Si no recuerdo mal, este es su último año de instituto y el mío casi el último. Ellos repitieron el curso por... No tengo una clara idea de por qué, pero como sé con certeza que son muy holgazanes con respecto a la escuela y las tareas, tengo algunas ideas para justificar ese hecho.

La puerta se abre de repente, haciendo que salte un poco en mi lugar por la sorpresa. Sacándome de mi trance, en mi vista aparece Tyler solo en bóxer, refregándose los ojos con la mano que no sostiene la puerta de entrada.

—¿Natalie? —pregunta con un tono de duda. Su mirada se encuentra con la mía, feliz, dudosa y extrañada. Asiento con la cabeza sin poder creerme lo que tengo frente a mí y él sonríe antes de abrazarme con demasiada fuerza para mi gusto. Sus musculosos brazos me aprietan más de la cuenta contra su cuerpo —sorpresivamente— bien esculpido y definido.

—Hola, grandulón —digo como puedo, intentando recuperar el aire perdido—. Me estás sacando el aire, Ty... —él me suelta con rapidez al escuchar mi voz entrecortada. Nunca pensé que Tyler tendría tanta fuerza hasta el punto de llegar a asfixiarme.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás sola? —mira hacia los lados y frunce el ceño—. ¿Por qué estás aquí?

—¿Podrías dejarme pasar? Me estoy muriendo de frío.

—Claro, pasa —se hace a un lado de la puerta y me lleva al ascensor. Lo bueno de este edificio es que son *penthouse* realmente hermosos y que no hay vecinos cercanos para molestarte con locuras sin sentido o quejas sobre música muy fuerte—. Déjame ayudarte —arrastrando una de mis gigantes maletas, se adentra al ascensor.

—Gracias —respondo, mientras él aprieta el botón del piso. Tyler siempre fue el bueno y sincero, al contrario que Sam, el cual es el impulsivo y problemático. Tyler siempre fue tranquilo, o al menos eso sabía yo, y Sam el loco que destruye todo. Aunque hay una cosa que sí tienen los dos: la arrogancia. Ellos saben que tienen un cuerpo de escultura y no dudan en demostrarlo.

Una vez en el piso, él abre la puerta con su llave y entramos. Es un lugar espacioso y luminoso. Con paredes blancas y muebles negros, todo nuevo. A mi izquierda se encuentra la sala de estar amueblada con un sillón gigante oscuro y una televisión impresionante. A mi derecha la cocina, con mesadas de mármol que, milagrosamente, están bien ordenadas y limpias. Frente a la puerta de entrada noto una larga escalera que da al entrepiso, el cual, si mal no recuerdo, antes no estaba.

Miro a mi hermano y sonrío con picardía, dejando mis pertenencias en el suelo.

—¿Está Sam por algún lado? —pregunto muy esperanzada. Recuerdo que desde pequeña me gustaba molestar más a Sam que a Ty, por el simple motivo de que es el que más se enfada de los dos. Por lo que, para mí, un buen momento es cuando revivo lo vivido con ellos. Sin embargo, no creo que duren mucho estos juegos infantiles porque en algún momento maduré desde que ellos se fueron. De todas formas, para no dejar todo el pasado entre nosotros olvidado, estoy empeñada en empezar como siempre lo hacía en aquellos momentos.

Tyler asiente un tanto confuso por la mirada que le doy.

—Genial. ¿Cuál es su habitación?

—Subiendo por las escaleras, a la izquierda —contesta, para luego quedarse callado y poner esa mirada pensativa que tanto conozco—. ¿Qué tramas, Natalie?

Sonrío.

—¿Está durmiendo? —él asiente levantando una ceja—. Entonces voy a despertarlo, como la buena hermana que soy.

Ty bufa con ironía y revolotea los ojos con diversión, sonriendo con cariño brillando en sus ojos al ver la inocencia fingida en mis facciones. Me rodea con sus brazos, apretándome contra su cuerpo medio desnudo, y besa la cima de mi cabeza.

—Bien, te acompaño —dice.

—Espera, primero tengo que ir a la cocina.

Mi repentino aviso lo sorprende, pero no me quedo a ver por completo su reacción. Camino hacia allí con pasos agigantados y rápidos, mientras Ty me sigue. Busco entre todos los cajones y muebles los artefactos que quiero y los voy dejando en la encimera sin siquiera prestarle atención a las miradas confusas pero divertidas de mi hermano. Recorre con los dedos la cacerola de metal y los grandes cucharones del mismo material como si nunca los hubiese visto en su vida. Cuando termino en la cocina corro rápidamente hacia el baño, esquivando en el camino mis maletas en el piso y lo que hay en la sala de estar lo más ágil que puedo, y agarro la pasta dental.

Con pasos lentos, vuelvo con mi hermano sin quitar mi perversa e inocente sonrisa.

—¿Qué es eso? —mira con extrañeza mi mano que encierra el potecito.

—Pasta de dientes —contesto—. ¿Me pasas un plato de plástico? —él asiente aún sin comprender de qué va todo esto, busca algo en un gabinete sobre la encimera de mármol oscura y me entrega mi pedido—. Gracias.

Coloco todo el contenido de la pasta de dientes en el miniplato, agarro la cacerola con cuidado para no dejarla caer, y así no causar un enorme ruido que despertará a Sam, y la cuchara, para luego subir en

busca de mi dormilón hermano. Caminamos por el largo pasillo del entresuelo y nos detenemos en la puerta que tiene colgado un cartel que dice «PROHIBIDO EL PASO SI NO QUIERES INTOXICARTE».

Estoy más que segura de que eso se refirió a sus pedos.

Abrimos la puerta y entramos con sigilo. Para mi suerte, Sam se encuentra acostado bocarriba, dormido cual marmota, sin inmutarse de nuestra presencia. Tapando mi boca un segundo después de escuchar su gran ronquido, me esfuerzo por no reír. Con la mano derecha sostengo el plato repleto de pasta dental frente a la cara de Sam y con la izquierda la cacerola, le paso la cuchara a mi hermano y le hago señas para que me mire.

—Ty, a la cuenta de tres, tienes que tocar bien fuerte la cacerola. ¿Entiendes?

—Sí.

—Uno... —comienzo a contar, mirándolo e intentando no reírme—. Dos... ¡Tres!

El ruido del metal chocando contra otro metal resuena por todo el lugar, haciendo que Sam abra sus ojos y se incorpore. Su rostro de estrella contra el pastel de pasta de dientes ni bien se incorpora para ver lo que sucede.

Me uno a las carcajadas de Ty, que son más como aullidos de una foca atragantándose de la risa. Apenas puedo ver a mis hermanos en la oscuridad de la habitación. Las ligeras luces que la luz de la luna le da al cuarto, hacen lo mejor posible para que yo distinga los movimientos de Ty y Sam.

Sam saca con sus manos todo lo que tiene en la cara y gruñe maldiciones, parpadeando furiosamente contra la pasta de dientes en sus ojos.

—¿Por qué hicieron eso? ¡Joder!

—P... perdón, solo te quería despertar para saludarte —digo agarrándome el abdomen y tratando de que no me duela más de lo que ya lo hace.

—¿Natalie? ¿Qué haces aquí? —él enciende la lámpara de su mesa de noche y se limpia la cara con la toalla que Tyler le alcanza. Me siento en la cama enorme junto a Sam y luego, acostándome, coloco mis brazos debajo de mi cabeza.

—Papá tuvo que irse a trabajar a no sé dónde por un año para supervisar la construcción y toda esa mierda para su nuevo hotel —contesto aburrida—. Y como no me quería quedar sola, decidí venir a vivir con ustedes. ¿No es genial?

—Sí, salvo cuando eres malvada y tienes esas caras de loca maniática a la hora de imaginar un plan malvado para hacernos algo —se entromete Ty, haciendo puchero muy tierno.

—Bueno, soy así y soy su hermanita. Tienen que aguantar mis llantos, caprichos, planes y todo lo que viene conmigo.

—¿Y qué es todo lo que traes contigo? —Sam pregunta cautelosamente mientras frunce el ceño.

—Sabía que me olvidaba algo.

Mis piernas se apresuran en salir de la habitación para ir hacia la planta baja. Me encamino hacia mis pertenencias y abro el bolsito para perros en la que Burry está. Burry es mi perrita de dos meses y medio. Su pelaje suave hace cosquillas en mi piel cuando la saco de su cómodo bolso.

Dejo la bolsa lila sobre mis maletas y llevo a mi bebé en brazos a la habitación de Sam. Los dos me esperan sentados en la cama con los brazos cruzados. Una de las cosas más geniales de ser su hermana, es que puedo diferenciarlos con una facilidad increíble. Ambos tienen el pelo castaño oscuro, los ojos color verde azulado, mandíbula cuadrada y un cuerpo envidiable para los hombres, solo porque juegan al fútbol americano desde los trece años. Los dos son muy buenos en eso y ellos me lo recuerdan todo el maldito tiempo. La principal diferencia es que Tyler tiene pequeñas motas doradas en sus ojos y Sam no. Aunque Ty es el bueno y responsable, mientras que Sam es el travieso e insoportable.

Ellos miran lo que tengo en brazos y abren mucho los ojos, teniendo una idea de lo que llevo. Muevo ligeramente mis brazos en donde una

bola de pelos pequeña abre sus ojos y bosteza con fuerza. Feliz, se los dejo ver a los gemelos, pero al instante mis hermanos chillan como niñas asustadas y salen corriendo de la habitación. Sus pasos en las escaleras resuenan atropelladamente hasta que, de un segundo al otro, ya no escucho ni un ruido. Silencio.

Me asomo extrañada hacia el pasillo, y sin dudarlo bajo con tranquilidad las escaleras. Pero antes de bajar por completo me topo con los dos estúpidos a los que llamo hermanos tirados en el suelo, retorciéndose y gimiendo de dolor.

—¡Pero serán idiotas estúpidos! —río y sujeto más contra mi pecho a Burry. Esta se acurruca y entierra su cara en el hueco de mi cuello como si no estuviese pasando nada digno de su atención.

—¡Cállate y tira esa cosa a la basura! —Sam apunta a mi bebé. Lo miro asustada y sin poder creerme lo que escucho.

—¿Qué? ¡No! Es muy linda y es mía —protesto.

—¡No la queremos aquí! —gritan simultáneamente.

—Pues, lárguense ustedes. Ella se queda conmigo —me pongo a la defensiva—. Es mi perra y, si bien el departamento les pertenece, tengo derecho a tener lo único que les pido. Nunca antes, mientras estuvieron fuera de casa, les pedí algo a excepción de que me visitaran —lo cual, efectivamente, no hicieron. Por lo que, creo que tenerme aquí con una pequeña e inofensiva bola de pulgas no es nada a comparación con todo lo que ellos me deben por no estar allí para mí cuando los necesité con desesperación.

—Es un pequeño monstruo. ¿Cómo te puede gustar esa... cosa? —pregunta Tyler, fulminando con la mirada a mi perrita mientras se incorpora, dejando a su hermano aún en el suelo.

—Me encanta y es tierna. Aparte, es inofensiva. No es como si fuera a convertirse en Hulk o en algo peor —comento mirándolo fijamente y me quedo pensando en mis palabras—. Aunque eso sería genial ahora que lo pienso —lo escucho soltar un gruñido desde el fondo de su garganta lleno de frustración.

—Bien, quédetela. Pero déjala en tu cuarto y es mejor que no haga el más mínimo ruido. ¿Entiendes? —amenaza con voz ruda.

Le sonrío y sacó la lengua. Sé que de suerte la aceptaron. Nunca fueron fanes de las mascotas que corretean por todos lados y dejan sus desechos por ahí. Ellos soportan más a los que se encuentran atrapados en peceras y que no hacen el menor daño a la casa.

—*Sip*, este «monstro» no los comerá. Apenas tiene dos meses, chicos. Tranquilícense —digo, tratando de calmarlos y, por suerte, sus semblantes se relajan un poco—. Bueno, ahora me voy a dormir porque el viaje me dejó muy cansada. Nos vemos —les doy besos en sus mejillas y subo a mi habitación con una de mis valijas y Burry en mis brazos, mientras que las otras más pesadas se las dejo a ellos para que me las suban.

Subo las escaleras hasta el entrepiso y busco con la mirada la puerta que no tiene los nombres de mis hermanos. Una al fondo llama mi atención y cuando abro la puerta me sorprende al encontrar que todas las cosas que tenía en mi antigua habitación cuando este entrepiso no existía todavía, están aquí. Dejo caer de mis manos mis pertenencias y me tiro de espaldas en la cama junto a Burry.

Miro alrededor, notando que todo está prácticamente igual al cuarto que tenía. Una habitación común y sin rosa. Las paredes blancas contrastan con los muebles negros. A un costado de la habitación se encuentra un baño que desde mi lugar se ve espacioso. Por otro lado, la cama que antes tenía era pequeña y delicada, perfecta para una niña, ahora es extremadamente grande, con colchas blancas y suaves; la cabecera es, al igual que las mesitas de noche y el armario, de color negro. Repaso con la mirada aquellos juguetes y peluches de cuando era niña mientras pienso en guardar todo y esconderlo de la vista. A la derecha, algo nuevo destella ante mis ojos. Un tocador para maquillajes con espejo y un escritorio. Ríe ante eso porque, tengo que admitirlo, no soy amante de los polvos y esas cosas.

Levantándome, me agacho junto a mis pertenencias, al tanto en que veo a mi perrita corretear por el lugar olfateando todo lo que encuentra. Dejo unos diarios que encuentro en el baño y los coloco en una esquina para que ella haga sus necesidades ahí. Luego, busco mi

pijama de franela color azul, ato mi pelo en un moño alto y me acuesto en la cama, dejando para mañana la labor de ordenar todo en su lugar. Me tapo con las colchas y me quedo dormida a los segundos.

Los viajes y los encuentros son tediosamente cansadores.

CAPÍTULO 1

Una semana después de mi llegada, me despierto ante la luz brillante que entra por la ventana e ilumina todo a mi alrededor como si de millones de lámparas se estuviese hablando. Aparto el recuerdo de no haber cerrado las cortinas la noche anterior, y gruño internamente.

Maldito sol.

Malditas cortinas.

Malditas mañanas.

Gimo y me tapo la cara con las colchas para volver a soñar con Zac Efron. La holgazanería me supera siempre en las mañanas y hoy no es la excepción, por lo que me quedo en el mismo lugar que estoy y no me tomo las molestias de cerrar las cortinas. Es algo que me pasa constantemente. Olvidarme de las cosas es una cosa costumbre en mi vida, y realmente no se me hace extraño haberme olvidado de cerrarlas. Hay veces en las que no solo no cierro las cortinas, sino que simplemente no cierro la puerta o dejo la lámpara de noche prendida. Podría decirse que soy torpe, cada persona que me conoce puede decirlo. Aun sin siquiera ser mi amigo.

Cuando apenas cierro los ojos con la intención de volver a dormir, un ruido proveniente de las escaleras me impide volver a mis sueños. Escucho cómo la puerta de mi habitación se abre y me hago la dormida para que sepan que no deben molestarme. Al parecer, no le importa eso a aquella persona y lo siento agarrarme de los tobillos y tirar de mí con fuerza, haciendo que caiga al suelo. Mi cuerpo se sacude con fuerza cuando se estampa contra el duro piso y sollozo ante el repentino dolor en mi brazo derecho. Saco de un tirón el cobertor que cubre mi vista.

¡Me llevó con cobertores y todo!

Fulmino con la mirada a Sam y este me la devuelve de la misma manera, solo que con toques de burla brillando en sus ojos claros.

—¿Qué te pasa? ¡Estaba durmiendo, idiota! —exclamo furiosa, temblando a causa del frío otoñal que golpea mi piel. A pesar del estremecimiento que me recorre, disfruto de la brisa golpeándome.

—Esto fue por tirarme un pastel de pasta dental el día que llegaste. ¿Sabes lo feo que es que te despierten de una manera no deseada? — dice, y gruño en respuesta ante sus palabras.

—Sabes que te haré algo peor, ¿no? —respondo con una mentira porque sé que no me acordaré de devolvérselo. No soy como antes; que ni bien alguno de mis hermanos me hacía algo, se lo devolvía al día siguiente. Ahora soy tan olvidadiza que sé con certeza que no le haré nada para devolvérselo. Sin embargo, él se cree mi engaño.

—*Sip*, y yo te la devolveré.

Sonríó levemente sin poder evitarlo mientras que en mi cabeza aparecen algunos recuerdos del pasado. La nostalgia barre cada célula de mi sistema y disfruto del momento repentino que se crea a nuestro alrededor, dejando de lado aquel molesto despertar.

—Como en los viejos tiempos —susurro, volteando mi cabeza hacia otro lado, avergonzada de mi cambio repentino de humor. Siempre peleábamos y nos molestábamos todo el tiempo. Algunas veces las peleas eran inofensivas y otras no tanto, unas pocas solían terminar con alguno de nosotros en el hospital. Al parecer él lo recuerda, cuando me abraza suavemente y me besa la cabeza lo demuestra sin necesitar de las palabras.

—Perdón, en serio. No queríamos dejarte, pero sabes que ya no soportábamos a Will. Él es un idiota y no me importa que sea nuestro padre. Desde que mamá murió, nunca se comportó verdaderamente como uno con ninguno de nosotros. Te debimos llevar, lo sabemos y el dejarte allí nos perseguirá por el resto de nuestras vidas, pero ¿no recibiste los regalos que te enviamos?

Lo miro a los ojos con la tristeza que siento y me encojo de hombros, sintiendo el pesar sobre cada parte de mí. Siempre quise que me llevaran con ellos, pensaba en eso cada vez que iba a dormir, pero nunca sucedió y no vinieron por mí. Todo el tiempo supe que ellos sentían haberme dejado, eso no fue lo que me molestó, sino el hecho

de que hayan intentado tapar ese error con regalos en vez de hablarlo conmigo. Si bien era solo una niña en crecimiento, se podía decir que entendía más cosas que las otras chicas de mi edad.

—No los quise abrir hasta volver a verlos. Los necesité por mucho tiempo y no estuvieron ahí. Papá nunca estaba en casa y no le podía pedir nada a Marisa porque sé que es una zorra, en vez de ser el ama de llaves. Y Fernanda siempre estuvo ocupada con la casa como para estar todo el tiempo conmigo.

—¿Por qué no llamaste cuando nos necesitaste? ¡Sabes que si tienes problemas de cualquier tipo nos tienes que llamar! Nunca te defraudamos, Nat. Siempre estuvimos para ti y siempre lo estaremos —llevo mis brazos alrededor de su cuello, abrazándolo más fuerte al escuchar eso último.

No todo el tiempo estuvieron, me recuerdo. Pero lo dejo pasar. Era cierto en parte. Las veces que los necesité cuando éramos chicos ellos siempre estaban, pero últimamente, en estos pocos años, no lo estuvieron. Y dolió como una perra no tenerlos ahí para mí. Mucho más hace un año y medio.

Internamente me tensó ante el recuerdo, y antes de que me caiga en pedazos me esfuerzo a levantar el muro que me protege desde aquel día en especial y me concentro en las palabras que me dijo Sam hace unos segundos y a las cuales, aún no les respondo.

—Gracias —susurro cerrando los ojos, recordando cómo eran nuestros viejos tiempos hasta su partida desgarradora de casa.

Justo cuando Sam tiene algo para decir, un ruido se escucha.

—Oigan, ¿qué...? —se interrumpe Ty cuando entra por la puerta, haciendo que yo abra mis ojos. Nosotros lo miramos y sonreímos con cariño, aún con nuestros brazos entrelazados. Ty nos devuelve el gesto y tiernamente se une a nuestro abrazo, un poco confuso por la situación, pero visiblemente alegre—. Hacía mucho no nos abrazábamos así.

—Lo sé —digo sonriendo contra el pecho de Sam y respirando su aroma mañanero, dejando completamente atrás todo el asunto de

despertarme por la molestia de tener las cortinas abiertas y por el hecho de que mi hermano me haya tirado al piso.

—Sabes que te queremos, ¿no? —asiento ante las palabras de Sam.

—Sí, yo también, aunque sean unos tontos y me molesten todo el maldito tiempo —bromeo.

—Eh, no somos los únicos insoportables aquí —contratacan simultáneamente. Ruedo los ojos al escucharlos. Desde pequeña supe que ellos tenían una conexión porque muchas veces coincidían en el momento exacto en el que hablaban, y decían todo con las mismas palabras sin confundirse. ¿Por qué tienen que decirlo a la misma vez? Nunca lo supe, pero hasta el día de hoy lo siguen haciendo, ya teniendo en cuenta lo molesto y exasperante que me parece.

Me encojo de hombros y ruedo los ojos mientras un bostezo sale desde lo profundo de mi pecho, intentando recordar el motivo por el que estamos todos reunidos aquí.

—¿Para qué me despertaron?

—Vístete y baja a desayunar. Junto al sillón tienes tu morral para el instituto, te inscribimos un día después de que llegaras y finalmente te aceptaron —al escuchar esa última palabra, mis ojos se agrandan a más no poder y, en un momento de pánico, corro hacia el baño para nunca salir. No tengo intenciones de ir a esa maldita cárcel por unos días. En realidad, sería mejor perderme el resto del año y quedarme en casa por el simple propósito de dormir. Sin embargo, Tyler se da cuenta de mis planes y se abalanza sobre mí cuando estoy a punto de cerrar la puerta. Me toma de la cintura mientras me quejo.

—No, no iré. ¿Por qué ahora tengo que empezar las clases? —me quejo.

—Solo te queríamos molestar, lo que funcionó a la perfección, y porque no puedes perderte un año y repetir.

«*Igual que ustedes*» pienso, pero luego me reprocho internamente por decirlo como si me estuviese burlando. Sea cual fuese el motivo por el cual ellos repitieron el curso, no tengo derecho a burlarme.

—Nat, vístete y baja a desayunar que no quiero llegar tarde.

Qué gran noticia, Tyler no queriendo llegar tarde. Es todo un *nerd* desde que se dio cuenta de que no podía repetir otro curso de nuevo y ahora odia llegar tarde. Al contrario, Sam no lo entendió todavía y sigue holgazaneando como todo un rey.

—Mandones —mascullo cuando la puerta de mi habitación es cerrada y me cruzo de brazos, pensando en no hacerles caso y volver a sumirme en el sueño espectacular que antes tenía, pero luego me saco eso de la cabeza. Si no les hago caso, puede que los dos me lleven a rastras al infierno. Y, definitivamente, no quiero eso.

—¡Te escuchamos! —gritan a la vez, su voz ligeramente apagada por la distancia que nos separa.

No entiendo qué necesidad hay de obligarme a ir al instituto a una semana de llegar aquí. De igual manera iba a ir en algún momento, pero no esperaba que tan pronto. Quería aprovechar estos días como mis vacaciones lejos de casa y de los problemas, pero al parecer ese no es su plan.

Un pequeño y agudo grito me distrae. Burry bosteza y se acerca hacia mí corriendo. Me agacho a su altura y la alzo para besarle el hocico con cariño y ternura, para luego dejarla de nuevo e irme al baño con pasos agigantados. Me doy una ducha rápida y salgo envuelta en una toalla demasiado grande para mí. Luego de colocarme unos pantalones pitillos azules, una remera negra grande de Sam que le robé anoche y mis Vans, recojo mi cabello rubio en una cola de caballo después de secarlo con el secador y dejo caer sobre mis hombros los rulos que tengo en las puntas. Disfruto viéndolo. Mi pelo es algo que no me desagrada de mi cuerpo. Me gusta verlo cuando las ondas están definidas y mi cabello cae sobre mis hombros. Disfruto sabiendo que soy una de las muchas afortunadas a las cuales les gusta su pelo así como está y que no lo prefiere de otra manera. Porque vamos, la mayoría de las que tienen bucles anhelan tener el cabello liso y viceversa.

Volteo mi rostro hacia un lado y me encuentro con el maquillaje sobre mi tocado. Sonríe al pensar que estos eran, probablemente, de mi tía. Paso la yema de mi pulgar por la tapa y muevo la cabeza, negándome

a probarlo porque, a decir verdad, no me gusta el maquillaje. Nunca me gustó ver a aquellas mujeres demasiado pintadas caminar por la calle. Y no digo que a la gente le quede mal un poco de maquillaje bien colocado, nada de eso, pero por mi parte prefiero ser natural y no arriesgarme a parecer un mapache. Eso es lo que seré si intento pintarme, lo aseguro.

Me miro al espejo por última vez y sonrío con el resultado de mi pelo recogido de esta manera. Mis ojos azul zafiro me devuelven la mirada, cansados. Mis labios de un color rosa pálido no hacen que mi rostro sea extravagante, sino normal, pero aquellos hoyuelos que aparecen en mis mejillas junto a mi boca son la envidia de la gente. Por otro lado, lo único con lo que no me siento muy conforme es con mi pequeña y respingona nariz. Es una de las partes de mi cuerpo que realmente no me gusta mucho. He escuchado a muchas decir que soy de las típicas rubias con nariz perfecta, pero viéndolo desde mi punto de vista es la nariz más desagradable que puede existir. Sin embargo, siempre me fuerzo en no ver esa parte de mi cara para no molestarme y sentirme mal conmigo misma.

Una vez terminada la inspección, salgo de mi habitación seguida por Burry.

Bajo las escaleras hacia la cocina y encuentro a mis hermanos desayunando. Me siento frente a ellos con una sonrisa y comienzo a devorar las tostadas y a beber el jugo exprimido. Ty se me queda mirando sin meditar palabras de una forma que no logro reconocer en todo el desayuno. Lo aguanto durante un rato mientras Sam habla y habla, pero cuando acabo mis tostadas, lo miro con fastidio.

—¿Qué? ¿Tengo algo en la cara? —pregunto exasperada, estrechando mis ojos.

—No, solo que no puedo creer que hayas crecido tanto —su respuesta me deja estupefacta y sorprendida durante unos segundos.

No la esperaba, sinceramente. Esperaba que me dijera algo chistoso para después burlarse o cosas por el estilo, pero no exactamente eso. Me mira como si nunca antes me hubiese visto, como si fuese una persona nueva para él en vez de su hermanita. De todas formas, es una mirada cariñosa y tierna la que mantiene en mí, por lo que no me

quejo. Así que decido burlarme un poco de sus palabras para no ruborizarme con fuerza.

—¿Gracias? Oh, espera, ¿eso lo dijiste para decirme sin herirme que engordé y ahora soy una ballena?

Sus ojos destellan confusión ante mis palabras, sin embargo, cuando ve la sonrisa en mis labios se limita a negar con la cabeza, riendo.

—Bien, vámonos —interrumpe Sam, quien se levanta rápidamente con entusiasmo, agarra sus cosas con una mano y sale de la cocina sin decir otra palabra.

Miro confundida su lugar vacío. Con el ceño fruncido, me levanto luego de darle otro bocado a mi tostada y tomarme rápidamente mi jugo delicioso. No es común que Sam quiera llegar temprano al instituto, eso solo pasa cuando alguna de sus conquistas entra antes que él a clases. Ty y yo hacemos lo mismo, y lo seguimos luego de agarrar también nuestras mochilas sin mediar palabras.

Hacemos todo el trayecto de bajar por el ascensor y abrir la puerta de entrada en unos tres minutos. Se nota a kilómetros que mis hermanos están más que apurados, ya que caminan con pasos tremendamente agigantados que ni yo puedo alcanzar. Los sigo hasta llegar frente a un *jeep* negro —muy lindo la verdad— y nos subimos a él para luego comenzar nuestro viaje hacia el infierno.

Mirando hacia los gemelos, sonrío sin poder evitarlo. Si no fuera por ellos, no estaría en su familia. Mejor dicho... dudo que tuviera una familia. Sus padres me acogieron porque ellos querían tener una hija y no pudieron. Me adoptaron cuando tenía apenas siete años y fue gracias a Sam y Ty. Ellos me encontraron tirada en el suelo, toda sucia y magullada. Todo a causa de que un niño más grande que yo me había pegado. Me consolaron hasta que mis llantos cesaron y sus padres los llamaron. Ellos les imploraron adoptarme a mí, pero sus padres les dijeron que ya tenían a una candidata para adoptar. Mis hermanos se empeñaron en decirles que, si no era yo la que iba con ellos a casa, no sería otra. Que la iban a maltratar y ser malos hermanos con ella. Sus padres, luego de un rato, cedieron y me llevaron, por suerte.

Éramos una familia unida. Íbamos todos juntos a restaurantes caros, veíamos películas y reíamos sin parar. Nunca nos cansábamos. Nos queríamos porque éramos familia, pero un día, Sandra, mi madre adoptiva a la cual yo le decía mamá, se desmayó de la nada. Los doctores le diagnosticaron cáncer y nos informaron que no viviría mucho tiempo más. Todos estuvimos decaídos, deprimidos, furiosos. Impotentes. Llenos de sentimientos inexplicables a la hora de hablar de eso. Un año y medio después, Sandra murió.

Desde ese entonces, William se alejó de todos nosotros con la excusa de su trabajo. No lo culpo. Nunca lo hice. El vernos todos los días de seguro que le recordaba a su difunta esposa, así como verlos a todos me recordaba a mi madre. Pero aquello no era excusa para alejarse de nosotros. Pareciera que toda la familia desapareció junto con la muerte de mi madre. Que todos nos fuimos con ella. Pero sé que una parte de cada uno de nosotros sí se apagó cuando ella se fue de nuestras vidas y nunca se volverá a prender. Era algo que simplemente no se recuperaba por más que lo deseáramos con fuerza. Ella no volvería.

Por otro lado, mis hermanos me consolaban mucho cuando era de noche porque soñaba con ella muy a menudo y cuando me despertaba, iba corriendo con una sonrisa plasmada en la cara hacia la habitación de mi madre porque pensaba que ella no había muerto y que seguía con nosotros. Pero al no verla en su lado de la cama, me desilusionaba. Rompía mi corazón en mil pedazos encontrar su lugar en el colchón vacío. Y aún más saber que mi padre ni siquiera se tomaba el tiempo de entrar a aquel cuarto para recordar los buenos momentos. Él ni siquiera lo mencionaba. Simplemente se aislaba sin importarle sus hijos que, para el caso, estaban vivos.

Lo fuimos superando al pasar los años hasta el punto que llegamos a no hablar de ella y solo recordar los momentos felices. Luego, mis hermanos se cansaron de mi padre y se fueron, dejándome sola y sin nadie con quien compartir mis emociones. Mi vida fue dura durante ese tiempo que ellos no estaban. Aun así, no los quería llamar para decirles que los necesitaba y así pedirles que me alejaran de todo lo malo que me pasaba en ese entonces.

Por lo que el viaje de negocios de mi padre fue para mí muy bueno. Aproveché el momento para desprenderme de todos mis problemas y visitar a mis hermanos. Olvidarme de todo. Estar a su lado no solo unos días, sino más de un año entero para disfrutar la compañía de ellos. Puede que nos enojemos y molestemos todo el tiempo, pero nunca dejamos de querernos. Los considero mis verdaderos hermanos y estoy segura de que ellos a mí también. Es por eso por lo que los amo. Desde el primer segundo en que me vieron, ellos adoptaron esa postura de hermanos mayores y nunca hablaron de mí siendo solo una chica adoptada por sus padres. Me consideraron más que una hermana. Me hicieron parte de la familia.

El sonido de una bocina me devuelve al presente y tengo que parpadear para lograr concentrarme en el resto del camino que queda por recorrer.

Veinte minutos después, aparcamos en el estacionamiento a un lado del instituto. Me deslizo sobre el asiento y miro por la ventana hacia afuera. Frente a mí se encuentra un gran establecimiento de ladrillos, con puertas altas de madera y un campus gigantesco lleno de estudiantes. Las ventanas, el césped, el cielo y los árboles alrededor junto con el diseño del lugar, hacen que sea un instituto típico de película. No dejo de mirar pasmada a mi alrededor mientras siento cómo mis hermanos salen primero del auto. Me quedo unos segundos más admirando la vista y levanto la mochila que se cayó en el viaje mientras veníamos.

Esperan a un lado del coche para entrar conmigo y yo me uno a ellos en solo unos instantes, parpadeando con nerviosismo. Caminamos hacia la entrada y todas las miradas se posan en mí. No solo por el hecho de que estoy entremedio de dos gemelos buenorros, supongo yo, sino por ser la única mujer que no se quiere colgar de sus fuertes brazos. Bueno, no exactamente por el mismo motivo que las demás. La idea de colgarme de ellos para que me lleven en sus brazos y así no caminar es... realmente tentadora.

—Te acompañaremos a la secretaría para que te den tus horarios y la combinación de tu taquilla —avisa Tyler, pasando un brazo por mis hombros y sonriendo hacia unos chicos que pasaban junto a él.

—No es necesario, puedo encontrarla por mí misma. No soy estúpida, Ty —caminamos por los pasillos, ignorando todas las miradas.

—Tranquila, hermanita. Cuanto más tardemos en ir a nuestra primera clase, mejor. La Sra. Harswin es insoportable. Su voz chillona hace que quieras levantarte de tu asiento, mearle encima, pegarle con un martillo en la cabeza, volver a mearle encima, cortarle las venas, matarla, enterrarla y bailar en su tumba —explica Sam con tranquilidad, como si todo eso que dijo no sea malo ni tampoco un delito. Lo miro divertida y con una ceja levantada burlonamente.

—¿Nada más?

—Oh, claro. Cortarle esos pechos falsos y venderlos a los abuelos necesitados —sonríe con inocencia y yo carcajeo como nunca. Mi risa resuena por todo el pasillo y algunos alumnos que merodean con tranquilidad me miran raro hasta que notan con quiénes estoy y sonríen con falsedad mal disimulada.

Llegamos a la secretaría unos minutos después mientras reímos por todo lo que Sam dice de la Sra. Harswin. Una mujer rellenita llamada Henrietta nos saluda con la sonrisa más fingida que haya visto en mi vida. Aunque lo hace más para mis hermanos que para mí. El asco me ataca cuando pienso realmente en lo descarada que es su forma de mirarlos. Ellos pueden llegar a ser fácilmente sus nietos, sin necesidad de ofender.

—¿En qué los puedo ayudar? —pregunta con una voz tan chillona que me dan ganas de vomitar en mi propia boca. Pongo mi más artificial sonrisa y me dirijo hacia ella. Y en vista de que todos a los que vi eran así de falsos, me permito pensar libremente sin culpa.

«Que dejes de ver a mis hermanos como tus próximos amantes porque estoy segura de que podrías ser directamente su abuela segunda», pienso en mi interior. Luego respondo con voz cortante mientras la fulmino con la mirada.

—El número de mi taquilla y mis horarios, por favor —pido mientras siento cómo mis hermanos miran divertidos hacia mí ante el cambio radical de actitud. Hace unos segundos estaba riendo a los mil vientos y de repente estoy toda seria y cortante.

Ella me da lo que le pido y luego vuelve a sonreír cuando nos despedimos. Quiero sacarle el dedo medio y maldecirla frente a todos, pero no lo hago, no soy tan grosera con las personas como muchos piensan. Ella se sonroja ante el guiño que Sam le da, es por eso por lo que mi enojo crece aún más. E intuyo que eso es lo que él pretende: enojarme hasta el cansancio. Me perturban las mujeres así, que coquetean sin descaro y sin importar qué. Sinceramente, siempre estuve rodeada de chicas de ese estilo cuando los chicos aún vivían conmigo en la casa de mi padre. Me usaban para conseguir algo de ellos y luego me dejaban porque alguno de mis dos hermanos les rompía el corazón. Es por eso por lo que nunca tuve una amiga verdadera y las odio por eso.

—Demonios, qué tigresa llegaste a ser, Nat —comenta con alegría Sam.

—Ya cállate. No estoy de humor y puedo arrancarte los malditos testículos con los dientes. Te aseguro que no podrás tener descendencia por más que reces —gruño enojada.

Al instante, se tapa con rapidez sus partes y me mira con el rostro contraído por el susto fingido.

—¡No te metas con Garry y Thom!

—¿Les pusiste nombre a tus bolas? —pregunto evitando reírme en su cara, pero sin poder evitarlo una sonrisa aparece en mis labios. ¡Esto sí que es divertido! Sabía que él le ponía nombre hasta a las rocas que tomaba de los parques y que adoptaba, pero tampoco para tanto.

—Sí.

Furioso se aleja dando fuertes golpes al suelo con sus zapatillas mientras sigo caminando con Ty hacia mi primera clase, sin importarnos nada su molestia. Sam acostumbra a enojarse cuando alguien no está de acuerdo con él. Es algo de lo que no nos importa presenciar. Sus rabietas serán siempre las mismas, todas por los mismos motivos. Así que, nunca le hacemos caso a sus caprichos que son, por supuesto, muy comunes. La verdad es que se enfurece por cualquier cosa y se hace el herido solo para tener una salida exagerada y teatral con dramatización típica de él.

—Bueno, pásala bien. Estudia y bla, bla, bla... —dice Ty cuando paramos frente a una puerta blanca. En el centro tiene una placa escrita que dice «Biología» en letras grandes y negras.

—Gracias, creo.

Tomándome en sus brazos, besa mi cabeza con afecto.

—¡Nos vemos, Nat! —saluda antes de irse por el lado contrario del pasillo por el que vinimos, el cual ahora se encuentra más vacío que antes por el comienzo de las clases. Me volteo nuevamente hacia la dichosa puerta y suspiro resignada, cerrando por un segundo mis ojos.

Es aquí donde empieza la estúpida clase. Maldita escuela.

CAPÍTULO 2

El sonido casi inaudible que se escucha cuando toco con mis nudillos es apenas un leve susurro, pero del otro lado al parecer se escucha perfectamente cuando un «pase» llega a mis oídos como respuesta. Reprimo los pocos nervios que me atacan en este instante y abro la puerta con lentitud.

—¿Qué horas son estas para entrar a clase, señorita? —pregunta una mujer con el ceño fruncido desde el otro lado del escritorio frente a toda la clase.

La profesora es una mujer joven de unos treinta años más o menos, con una contextura esbelta y alta, sus ojos marrones son saltones y están cubiertos por unas gafas gruesas y negras, resaltando el brillo en ellos. Su pelo de color negro azabache cae por sus hombros en hondas muy definidas, de una manera que internamente envidio. Me mira con fastidio poco disimulado por haber interrumpido su clase, sus facciones serias me dan a saber que esta profesora es sumamente estricta y seria.

—Lo siento, soy nueva y tuve que ir a la secretaría a buscar mis horarios —respondo disculpándome, un poco avergonzada ante su mirada. Los nervios que antes quise reprimir lo mejor posible, brotan aún más ante ella y llegan a recorrerme por completo el cuerpo, haciendo temblar mi interior. Ya reprimí mi actitud borde unos minutos antes de decidirme a entrar porque con ella, visiblemente, no la necesito. No quiero que por ser grosera me castiguen, eso lo aprendí hace años atrás en mi antiguo instituto.

—Bien, que sea la última vez, señorita... —con un dedo de su mano derecha, sube con lentitud sus gafas por el puente de su nariz respingona mientras sus ojos penetran los míos, llenos de interrogación.

—Natalie Lawler —contesto de inmediato.

—Bien, Natalie, soy la profesora Brown —dice ella y luego me hace presentar ante toda la clase, a la cual, al parecer, no les importa ninguna de las palabras que salen de mi boca. Cuando termino, ella se vuelve hacia mí—. Ahora siéntate y copia.

Asiento con la cabeza en modo de agradecimiento y busco con la mirada un lugar libre. Hay uno en el centro de la clase y otro al fondo de todo. Obviamente, me dirijo al último, ya que odio los del medio y los delanteros. Toda la clase sigue mi recorrido con una mirada casi... asustada, y no la apartan hasta que estoy sentada junto a un ventanal gigantesco que abarca toda una pared del salón, del piso al techo. Puedo jurar que casi los escucho contener el aliento cuando mi trasero se posa en la silla. Mirándolos extrañada y ligeramente confundida por la actitud de todos, coloco mi mochila en el suelo con un ruido sordo y dejo salir del fondo de mi garganta un gran suspiro.

Acto seguido, saco mi cuaderno y comienzo a escribir lo que ella había anotado en el pizarrón antes de mi llegada. Contesto algunas preguntas de las que puso sin la necesidad de un libro, pero cuando veo que no podré terminar completamente el ejercicio sin uno, se lo pido prestado a la profesora, la cual no lo estaba usando y me lo cede a duras penas. Prácticamente haciéndome prometerle no arruinarlo ni algo por el estilo.

Una vez que termino, le devuelvo el libro y regreso a sentarme en mi lugar para luego mirar aburrida por la ventana hacia afuera. Puede que sea un poco fría o desagradable con algunas personas, pero soy aplicada a la hora de trabajar en clase. Siempre entrego a tiempo las tareas y hago bien los exámenes. Soy rápida en entender y no necesito estudiar mucho para las materias, por lo que no creo que en algún momento esta profesora llame mi atención por algunas notas bajas, porque sé que no las llagaré a tener. Un ejemplo es la tarea terminada en menos de diez minutos que dio justo antes de que yo interrumpiera la clase. Creo ser una de las pocas que terminó con tanta rapidez.

Recorro con mis ojos todo el alrededor que puedo llegar a ver desde mi posición. Una vista realmente hermosa.

Las nubes grises llenan el cielo, dando a saber que la lluvia no tardará en llegar. Un viento fuerte azota las hojas de los árboles, dejándolas

volar por todo el perímetro hasta desaparecer en la distancia, haciendo un ruido chillón al chocar contra la ventana. Coloco la mano sobre esta y sonrío. No me sorprende al encontrármela congelada.

Un carraspeo me saca de mis pensamientos sobre el clima y me vuelvo a esa persona. Lo primero que mis ojos captan del chico parado junto a mí es el pelo negro y espeso, y unos intensos ojos azul verdosos que me miran fríos y sin emoción alguna. La mano derecha sostiene una mochila sobre su hombro y la otra la mantiene en el bolsillo de su pantalón. Es alto y fornido, hermoso y muy misterioso ante mis ojos. Su mandíbula cuadrada y cincelada se encuentra sin rastro de vellos e instantáneamente quiero tocarle allí para saber cuán suave está, y sus labios... Oh, sus labios. Hermosos y tentadores.

Peligrosos.

Me quedo un segundo embelesada ante tal belleza que no me doy cuenta de las miradas que todos le dan de soslayo. La profesora lo fulmina con la mirada, seguramente por haber llegado extremadamente tarde, y los alumnos lo miran expectantes, esperando que él haga algo.

¿Por qué lo miran como si le tuviesen miedo?

—¿Sí? —pregunto mirándolo confundida y con el ceño fruncido, intentando no distraerme por su hermosura. Su altura intimida y me pregunto si no se confundió de curso. Se me hace extraño que un chico que parece ser mucho más mayor que todos nosotros, con ese cuerpo de *todo un hombre*, esté con nosotros, pero luego lo pienso mejor y me reprocho a mí misma. Si se hubiese confundido se hubiese dado cuenta ni bien entró al aula.

—Este es mi asiento. Búscate otro —su voz ronca, cortante y fría resuena en la habitación mientras apunta el asiento que está en el centro de la clase con un dedo. La clase repentinamente muda absorbe sus palabras y si no fuese por estar viéndolo fijamente, podría haber notado que algunos se estremecieron al escucharlo. Por lo contrario, un poco aturdida por el intercambio de palabras bruscas de su parte, me río ligeramente sin poder creerlo.

—Vete tú. En vista de que tú no estabas cuando yo llegué, tengo permitido sentarme aquí. Procura llegar temprano la próxima vez y quizá lo consigas —me cruzo de brazos ante su mirada intensa y fulminante. No me encojo ni me acobardo, me prohíbo a mí misma hacerlo porque una de las cosas que me prometí a mí misma fue que no volvería a dejarme manipular. Mucho menos intimidar, por más difícil que fuera no hacerlo frente a tan esculturalmente escalofriante chico. Sin embargo, su aura oscura casi hace que tiemble y no cumpla aquella promesa.

Casi.

—No, niña. Definitivamente, la que se irá serás tú. Es mi asiento, niña malcriada.

Aprieto la mandíbula al escuchar esas familiares palabras salir de su boca. Siempre piensan que soy una malcriada por haber crecido en una familia adinerada, pero terminan equivocándose todos. En mi antigua escuela me lo decían cada día que pasaba, hasta que una vez me cansé de reprimir mis emociones y me puse a llorar. Una hora después mis hermanos me encontraron encerrada en el baño de mujeres. Intenté con fuerza no decirles qué me sucedía. Sabía que, si se los decía, ellos habrían intentado arreglar todo como siempre lo hacían y estaba cansada de que constantemente arreglaran mis problemas. Así que, realmente intenté no contar nada. Y sin embargo, luego de insistirme tanto, ellos lograron sacarme un poco de información e hicieron un revuelo impresionante para que no me dijeran más como lo hacían todos mis compañeros. Por lo que, otra vez, ellos tuvieron que arreglar mis conflictos.

Aún con ese recuerdo en la mente, me levanto furiosa y lo encaro con todo el enojo que tengo dentro por revivirlo en mi cabeza.

—Para tu información, no me mandas, Muchachote. Por más que te pongas en forma desafiante, a mí no me das miedo. Ni siquiera te acerques —digo, tocándole con el dedo índice su duro pecho—. Y malcriada no soy, que quede claro —recalco y luego de eso me vuelvo a sentar sin darle otra mirada.

Puedo escuchar cómo su mandíbula cruje por el enojo antes de que sus pasos se alejen de mi lado mientras la profesora firmemente le recuerda no volver a llegar tarde.

Entonces, después de ese encuentro fastidioso, la clase sigue y yo me vuelvo a perder en mis pensamientos como si nada hubiese pasado. Borro cada cosa sucedida hace menos de unos segundos y dejo que mi mente quede en blanco, y así que mis emociones queden profundamente enterradas. Lo último que quiero es volverme loca y avergonzarme más de lo que ya lo estoy frente a mis compañeros.

Antes de poder darme cuenta, estoy en la última asignatura antes del almuerzo. Me paso una clase entera con una profesora que tiene una voz asquerosamente empalagosa y te hace desear querer arrancarte los oídos con una sierra, pero que a la vez es tan seria que te dan escalofríos con tan solo oírle decir cosas con ese tono. Aun así, creo que me dormí la mayor parte de la hora, procurando que la profesora no me viera y despertándome a cada ratito para ver si alguien se daba cuenta de mi acto. Me digo a mí misma que luego le tendré que pedir algunas notas a algún compañero para no retrasarme más de lo que ya estoy.

Esto es culpa de mis hermanos, pienso. Si no fuera por ellos, no tendría sueño y no tendría que ir durmiendo de clase en clase. Estoy muerta y agotada, sin mencionar que en toda la hora sentí cómo alguien quemaba mi piel con la mirada desde adelante de la clase sin remordimiento. Decidí no prestarle atención a ese escozor molesto en mi mejilla y me dispuse a seguir durmiendo. Sabía quién era el causante de aquello y no pensaba darle la satisfacción de saber que me daba cuenta de sus intensas miradas.

Me maldigo a mí misma por quedarme despierta hasta altas hora ayer. Aunque si me hubiesen dicho que al día siguiente iría al instituto, no me hubiese quedado viendo la televisión hasta las dos y media de la mañana como acostumbro a hacer siempre que no tengo nada que hacer al otro día.

La hora del almuerzo al fin llega. Busco entre los pasillos a mis hermanos para ir a la cafetería juntos y finalmente comer algo, pero no los encuentro por ningún lado a pesar de estar unos cuantos

minutos buscándolos por los alrededores. De todas formas, también aprovecho ese tiempo para ver todo el instituto. Es gigantesco y, tengo que admitirlo, muy bonito. No es para nada moderno y aun así se nota que está muy bien cuidado. En Wesley Chapel High School, mi anterior escuela, ubicada en Wesley Chapel, Florida, un lugar bastante pequeño comparado con otros, en donde no hay centros comerciales cercanos y donde las casas son muy grandes; no eran tan viejos. Eran relativamente modernos, pero que a la vez no tanto. Estaban bien, a decir verdad.

Aquí en Filadelfia, por lo que sé y logré escuchar, algunas de las escuelas fueron renovadas completamente, pero que a la vez se les dejó el toque antiguo de la fachada, como por ejemplo, las paredes de ladrillos.

Mientras mi mirada sigue el recorrido, buscando a mis hermanos y escaneando todo, me entero que las noticias y los chismes viajan rápido de persona en persona. Noto cómo ahora todos saben que estoy con los chicos, quiero decir, algunos comentan o afirman que estoy con los dos al mismo tiempo, otros dicen que solo soy una vecina en su edificio y otros que soy una zorra que los sigue a todos lados en busca de un poco de atención.

Todos se equivocan.

Veo pasar por mi lado a una chica baja de estatura, usando gafas y ropa holgada. Su pelo violeta es lo primero que noto de ella. Le toco el brazo con sutileza y voltea para mirarme con los ojos muy abiertos, el susto destellando en ese mar oscuro. ¿Qué piensa que le voy a hacer como para mirarme de esa forma?

Le sonrío para tranquilizarla y hacerle saber que no muerdo, no queriendo que crea que soy un monstruo cuando necesito mucho de su ayuda.

—Disculpa, ¿sabes dónde están Sam y Tyler Lawler? —pregunto con el mejor tono amigable que tengo. Ella asiente con timidez, con los ojos más abiertos que antes y luego baja la mirada hacia el suelo. No sé si soy yo la que le causa eso o es ella la que lo hace inconscientemente.

—Sí, están entrenando a esta hora —contesta. Su voz es casi un susurro que, si no fuera porque estoy cerca de ella, no lo habría oído.

—Oh... ¿sabes dónde entrenan? La verdad es que soy nueva y estoy muy perdida.

—Claro, sígueme —murmura mientras comienza a caminar por el pasillo atestado de personas que van por el lado contrario al que nosotras vamos. Sonrío agradecida y la sigo.

Esquivamos a los adolescentes eufóricos que se dirigen a la cafetería y salimos al campus. El cielo nos da a saber que va a llover en pocos minutos, más o menos, y yo respiro esa brisa fresca y fría que tanto me encanta. Amo cuando llueve y más si es en la tarde o la noche. Las hojas de los árboles vuelan a nuestro alrededor, dejándose caer con lentitud en el césped.

—Así que... ¿cómo te llamas? —le pregunto para empezar una conversación y matar el silencio. Ella aprieta más sus libros en su pecho y sonrío levemente.

—Emma, ¿y tú?

—Natalie, mucho gusto.

—Ah, igualmente. Oye... —dice un poco nerviosa mientras aparta la vista—. ¿Tú eres novia de alguno de los gemelos? —y es allí cuando comprendo cuál es la verdadera pregunta detrás de la que me hizo. Ríe en voz alta y me encorvo, llevando mis manos a mis rodillas para que no me duela mucho el estómago.

¡A ella le gusta uno de mis hermanos!

—Sí, hacemos un trío todos los días y ahora los estoy buscando para que lo hagamos en la conserjería —le digo al recuperarme del ataque, para luego tomar una postura seria y hacerle ver que lo que digo es verdad, aunque fuese una total mentira. Ella me mira horrorizada, confundida y... dolida como un pequeño e indefenso cachorro.

—¿En serio? —pregunta murmurando atónita, como si se lo estuviese preguntando a sí misma en vez de a mí.

—¡No! ¡Qué horror! ¡Son mis hermanos! —ríe.

Entonces, ella se relaja y suspira, dándome a saber que mis palabras le afectaron como si todo fuese un peso sobre sus hombros que ella quisiera eliminar, y luego sonrío con esperanza brillando en sus ojos. Retomamos nuestro camino por el campus y la veo retorcer sus dedos en los bordes de sus cuadernos. No digo nada sobre ello. Parece ser común para ella andar nerviosa y definitivamente no quiero decir nada para molestarla. Finalmente, hay alguien que no es falso conmigo, y no desperdiciaré ningún segundo solo por ser estúpida y entrometerme en cosas que no me incumben. Pero aquella idea de que sea un tic nervioso se escapa de mi cabeza cuando ella suspira y deja de mover sus dedos. Luego de eso, ya no lo vuelve a hacer.

Una vez que mi risa disminuye, le pregunto:

—¿Cuál de los dos te gusta, Emma?

—Ninguno —niega con la cabeza y esquiva mi mirada. Noto fácilmente la mentira, no solo por su voz, la cual de repente es casi inaudible, sino por el temblor que tiene al decir las palabras.

—Por favor, no mientas porque te sale mal, amiga —la codeo juguetonamente.

—¿Amiga?

—¿Qué? ¿No tienes amigas que te llamen así? —ella baja la mirada al suelo con tristeza y se encoje de hombros, como si fuese algo que la avergonzara.

—No... —susurra.

Me quedo callada al ver que lo que dice es la pura verdad. Aquella tristeza notable en sus ojos puede deberse a su soledad en esta escuela. Aunque me parece tierno verla así de tímida y notar que es sincera con lo que dice, no puedo evitar preguntarme por qué no tiene amigas. Bien, yo tampoco las tengo, pero hay una excusa buena del porqué no. ¿Y ella? No lo sé, pero se ve simpática y buena, no como todas las chicas que conocí una vez que ni bien te ven, te fulminan con la mirada y rezan porque te salga acné en toda la cara.

—Entonces... —empiezo a decir, pasando un brazo por sus hombros—. Yo lo seré a partir de ahora —una lenta sonrisa aparece en mis labios

mientras veo cómo estudia mi rostro, buscando indicios de alguna mentira.

—¿Quieres ser mi amiga? —cuestiona, la ilusión brillando en todos sus rasgos delicados causando que sus ojos marrones parezcan más grandes por la felicidad.

Asiento muy decidida a no tener pena por ella.

—Claro. Nos llevaremos bien, y yo te puedo presentar a mis hermanos. Eso sí, si me dejas por uno de los dos y me entero que me usaste para llegar a ellos, te asesino —le advierto con la mirada.

—¡Gracias! —abrazándome con sus delgados brazos, me aprieta fuertemente contra su cuerpo. Me sorprende la fuerza que tiene, pensaba que apenas sentiría su tacto cuando me abrazase, pero ahora sé que no es así; casi me saca todo el aire de los pulmones.

—No hay de qué. ¿Nunca les hablaste?

—¿A tus hermanos? No, soy tímida y me pongo nerviosa cuando estoy cerca de alguien.

—Bueno, intentaré ayudarte con eso. Aunque sea un poco —ella sonríe.

—Gracias.

Caminamos unos metros más hasta que finalmente llegamos a las gradas de la cancha de fútbol americano. Puedo vislumbrar a mis hermanos sin importar que tengan esos cascos que tapan sus rostros y, al parecer también lo hace Emma, ya que mira embelesada a Sam. ¿Cómo es que los distingue si ni siquiera les habló?

—Te gusta Sam —no es una pregunta, sino una afirmación la que sale de mi boca.

—¿Cómo lo sabes? —su tono sorprendido aparece.

—Desde que llegamos aquí solo ves a Sam, por lo tanto, es obvio. Pero ¿cómo los distingues? —ella se encoje de hombros.

—No lo sé. Mi mirada solo lo encuentra y se queda en él todo el tiempo. No siento lo mismo cuando veo a Tyler, es por eso por lo que los distingo —sonrió.

—Eso es raro —Emma afirma con un movimiento de cabeza.

—Lo sé.

—Estás enamorada, ¿no es así? —me mira y luego baja la cabeza.

—Él nunca se fijaría en mí. No soy de su tipo, Natalie.

—Dime Nat. Estamos en confianza.

—Bien, Nat. No soy del tipo de chica que le gusta. Nunca me vería como lo hace con otras chicas.

—¿Quieres decir como una zorra fácil? Tranquila, nunca te verá así porque tú no eres de ese tipo —*o eso creo*, agregó internamente porque a decir verdad no la conozco tanto como para decir eso. Ella ríe, ajena a mis pensamientos. ¡Qué risa tan dulce!

—No, lo digo porque soy una *nerd*. Soy fea, uso anteojos, no soy porrista y...

—No digas eso —le corto—. Es más, pienso que tú serías muy buena para mi hermano. Estoy segura de que le harías cambiar de parecer con respecto a lo de acostarse con todas —*o eso espero*—. Él es muy arrogante y muy orgulloso, quiere que todo le salga bien, pero nunca juzga a nadie. También soy *nerd*, a mi manera, pero lo soy —le comento para darle ánimos.

—No lo sé...

—Si quieres podemos hacerte un cambio de *look* para sentirte... distinta o renovada. Leí en algún lugar que eso ayuda. Aunque te advierto que no me gusta ir de compras, pero puedo hacer una excepción por ti y acompañarte. Eso sí, no preguntes sobre moda porque no soy la indicada para eso.

Ella vuelve a reír.

—Gracias, me encantaría, pero quisiera algo simple y natural.

—Eso te lo puedo dar yo. Soy buena siendo natural —nos sonreímos mutuamente y miramos a la cancha—. ¿Qué te parece si vienes mañana a mi casa y te quedas a dormir?

—¿No es mejor que Sam me vea luego del cambio?

Niego con la cabeza.

—No, porque así notará tu cambio repentino de *look* y se dará cuenta de que no eres como las otras chicas. Te verá por cómo eras antes del cambio y eso causará algún efecto en él. Créeme, conozco a mi hermano —ella asiente—. Genial, mañana te irás con nosotros a la salida.

—Claro.

Diez minutos después, luego de hablar con Emma para conocernos más y entendernos mejor, el silbato del entrenador suena y todos se detienen para tomar aire y descansar. Mis hermanos caminan hacia los vestuarios, pero antes de entrar me encuentran en las gradas y me saludan con la mano. Mi amiga baja la mirada y se ruboriza fuertemente mientras les devuelvo el saludo y sonrío.

—Cuando salgan te los presentaré —le aviso por lo bajo y viendo a los chicos perderse en el vestuario. Emma asiente y suspira, de seguro procesando todo.

Miro a mi alrededor para matar el tiempo en vista de que no tengo nada que decirle a Emma. El campo de fútbol está completamente destrozado gracias a las pisadas fuertes de los jugadores. Me encuentro viendo a algunas personas dando vueltas al campo corriendo y ejercitando, y también a unos pocos que están sentados leyendo o haciendo tarea debajo de los árboles que se hayan cerca de la cancha.

Mis hermanos salen unos quince minutos después con sus cabellos desordenados, al tiempo en que se colocan las mochilas sobre sus hombros y se acercan a nosotras. Les sonrío.

—Hola, chicos.

—Hola —responden simultáneamente, mirando con interrogación a mi amiga.

—Eh, chicos... les presento a mi nueva amiga. Me ayudó a encontrarlos. Ella es Emma. Emma, ellos son mis hermanos: Tyler y Sam —los presento señalándolos a cada uno, ignorando el hecho de que Emma los conoce muy bien. Los mira con una sonrisa leve, casi inexistente, y le estruja primero la mano a Ty cuando este se la tiende. Cuando va a estrecharla con Sam, ella se sonroja con rapidez y baja la cabeza tímidamente.

—Mucho gusto —se coloca la mochila bien en el hombro y se acerca a mí. Mejor dicho, intenta esconderse a mis espaldas, pero yo solo sonrío y la tomo por los hombros para mantenerla en el lugar.

—Ya que las presentaciones están hechas, es hora de que vayamos a comer. Muero de hambre.

Todos asienten de acuerdo conmigo y nos vamos a paso rápido a la cafetería, con nuestros estómagos rugiendo.

Emma no se separa de mi lado ni por un segundo, y apenas le dirige la mirada a mi hermano. Eso me da la esperanza y la certeza de que ella no me usará para llegar a él y luego dejarme. Odio cuando hacen eso, pero desde que la vi y supe que le gustaba Sam, me di cuenta de que no era como las demás que solo me usan como anzuelo para atrapar a la presa. Es un poco apresurado pensar eso, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Luego de recoger nuestros respectivos almuerzos, nos sentamos en una mesa vacía; Emma a mi lado y los chicos enfrente. Toda la cafetería se encuentra atestada de estudiantes charlatanes y gritones que llegan a ensordecen a los demás. Las risas, mejor dicho, los chillidos de algunas chicas resuenan por todo el lugar como un eco que penetra mis oídos y hacen que mis tímpanos quieran explotar.

—Bueno, ¿cómo estuvo su entrenamiento? —pregunto para que el ambiente se suavice y no concentrarme más en las voces a mi alrededor. Por suerte, funciona.

—Bien, les pateamos el trasero, hermanita —responde Sam. Ty y él ríen, al tiempo en que chocan sus puños.

—Los felicito —digo—. Así que... espero que no les moleste, pero Emma vendrá mañana a quedarse a dormir. Servirá para conocernos mejor. ¿Qué les parece? —ellos se encojen de hombros sin prestarme mucha atención ni a mí ni a mis palabras.

—Claro, no hay problema —allí lo hacen de nuevo. Dicen todo al mismo tiempo.

—Así que, Emma, eres la chica que baila *ballet*, ¿no? —ella mira a Sam con los ojos abiertos cuando este habla y se ruboriza, otra vez.

—¿Cómo lo sabes? —cuestiona sumamente asombrada y con un tono suave, estupefacta.

—Cuando la práctica se alarga hasta la tarde, siempre te vemos bailar sola. Que, por cierto, lo haces muy bien —ella agacha la cabeza y susurra un casi inaudible «gracias».

—¿En serio? ¡No lo sabía! —exclamo viéndola con desaprobación y el ceño fruncido—. ¿Bailas *ballet*?

—Sí, nunca me preguntaste si hago algo así que... —me susurra y yo río como si me hubiese dicho el mejor chiste del mundo.

—Es cierto. ¿Haces algo más aparte de *ballet*? —niega con la cabeza—. Bueno, pues, si llegas a hacer otra actividad, avísame, así lo hago contigo —le sonrío.

La charla animada sigue hasta que el almuerzo termina y todos nos vemos obligados a volver a nuestras tediosas clases. Siento por el resto de la tarde cómo estas se me hacen eternas. Constantemente paso la misma vergüenza en todas ellas, ya que todas las profesoras y los profesores piden que me presente, que diga de dónde soy y por qué estoy aquí. Siempre se sorprenden al escuchar que soy la hermana de los gemelos. Estoy más que segura de que las chicas, la mayoría, antes de saber que era hermana de ellos pensaban que estaba con alguno de los dos o con los dos, para el caso. Pero no, cuando escucharon salir esas palabras de mi boca pude oír varios jadeos, suspiros de alivio y algún que otro pequeño y casi inexistente aplauso.

Las clases terminan ni bien el reloj da las cuatro de la tarde. Me despido de Emma con un abrazo, diciéndole que nos veremos

mañana, y con mis hermanos nos subimos al auto y volvemos al departamento. Es bueno vivir de nuevo con ellos, ahora no me siento tan sola como antes. Y justo cuando me deslizo en el asiento trasero, la ansiedad me ataca y estoy casi brincando de alegría todo el trayecto al departamento al recordar que me faltan por abrir esos regalos que me daban durante tantos años y que nunca abría. Ambos me miran interrogantes por el espejo retrovisor al yo haber reaccionado así de la nada, y yo solo sonrío con felicidad.

Estoy segura de que aquellos regalos me encantarán, aunque sean de hace años.

CAPÍTULO 3

—¿Por qué sonreías tanto en el auto? —pregunta Ty al llegar a nuestro piso, lanzando las llaves en un cuenco que hay sobre una mesita junto a la puerta de entrada.

—Quiero que abramos los regalos que me mandaron hace un año. ¡Vamos! —gritando enérgicamente, salgo corriendo por las escaleras hacia mi habitación.

Todo en mí se siente bien, como si nada pudiese quitarme la felicidad. Es extraño, hace bastante tiempo que no me comporto así. Desde que llegué, puedo decir que me siento más relajada y alegre con ellos, y con la vida en general. Antes la odiaba e intentaba con muchas fuerzas olvidar, no quería vivir mi día a día con pesadillas. Pero ahora quiero borrar todo de mi cabeza y llenarlo con cosas del presente. Recuerdos nuevos, experiencias nuevas. Vida nueva. Renacer y poder finalmente comenzar de cero como tanto deseo.

Noto que no me siguen cuando abro la puerta de mi cuarto, por lo que asomo mi cabeza por las escaleras y les sonrío feliz.

—Vengan, los quiero abrir con ustedes.

—Oh, si eso es lo que quieres, niña rara... —susurra alegremente Sam, recalcando y enfatizando esas dos últimas palabras, mientras él y Ty suben las escaleras con lentitud. Algo que me exaspera, pero que por suerte no logra quitarme el estado de ánimo que llevo.

—¡Te escuché, idiota! —exclamo en respuesta antes de abrir la puerta de mi cuarto para lanzarme en el suelo junto a mi cama.

—¡Ese era mi propósito!

Me río y busco la maleta que contiene los regalos. Tanteo con mi mano hacia los costados hasta que logro encontrar la manija de una de mis maletas. La saco y la coloco sobre la cama, para luego subirme yo también. Una brillante sonrisa aparece en mis labios cuando los dos entran y se encaminan hacia mi lado. Al instante, noto lo pequeña que la cama es en comparación con todos nosotros y la maleta, por lo que me hago a un lado y les dejo un poco más de espacio a los cuerpos

fortachones de mis hermanos. Si no fuese tan grande y ellos hubiesen subido saltando a la cama, era imposible que yo no saliera volando. Pero por suerte esta vez, logro agarrarme del brazo de Sam y así evitar caerme.

—Bueno, ¿cuál abrirás primero? —pregunta Tyler mirándome con curiosidad, intercalando la mirada entre la maleta y yo. Me encojo de hombros y agarro un regalo cualquiera.

—Este —desenvuelvo el papel con rapidez y entusiasmo que no puedo ocultar. Siento cómo mi sonrisa es bastante grande y delatadora como para hacerles saber que estoy extremadamente contenta de finalmente hacer esto. Cuando termino por desgarrar el envoltorio, me encuentro con un conejo de peluche muy relleno y suave al tacto. Sus ojos están medio torcidos y su iris mira hacia direcciones opuestas, pero para mí eso lo hace a un perfecto—. ¡Qué lindo!

—Te hubiera gustado más si lo hubieras abierto hace más de cuatro años, cuando eras más pequeña y te seguían gustando los peluches — comenta Sam rodando los ojos y yo no puedo ocultar mi molestia a ese comentario. Le pego en la nuca en respuesta porque realmente era innecesario decirlo. Por más que tuviese diecisiete años, aún me agradaban estas cositas rellenas y gordas con las que decorar mi cama cuando la arreglo. Aparte, no era lo mismo para mi *yo* de niña abrir aquellos regalos sin nadie viendo la alegría bullendo de mis poros. Si los hubiese desenvuelto hace años, no tendrían ni remotamente el mismo efecto que ahora, que por fin estoy con ellos. *Definitivamente no.*

—Lo adoro —les sonrío y dejo el peluche a un lado.

Entonces, agarro otro sin importarme cuál es. Tomo una taza que dice «Tyler, Sam y Nat», con una caligrafía en cursiva y en color negro junto con un corazón rojo debajo. Me río, recordando todas las tazas que teníamos de pequeños y que rompíamos cada cierto tiempo. Acto seguido, abro otro obsequio: una remera con una imagen de mí durmiendo cuando tenía siete años aparece ante mis ojos. La alzo en el aire y me la quedo observando.

—Es el primer día que llegaste a casa... —susurra Ty viendo la foto impresa. Volteo mi cara hacia ellos, quienes me sonrían reviviendo

ese día—. Mamá sacó la foto. Recuerdo haberla visto llorar mientras dormías. Estaba tan feliz.

—Mamá estaría orgullosa de ti, Nat. De todos nosotros —Sam agrega suavemente, mirándome a los ojos con intensidad para que yo realmente note la verdad en sus palabras. La noto, *por supuesto que lo hago*.

Al instante, mis ojos se llenan de lágrimas. Me vuelvo sensible cada vez que hablamos de nosotros y de todo lo que pasamos juntos. El hecho de que ellos se hayan ido cambia mucho, pero a la vez nada. Dejo junto a mí la remera y los abrazo fuertemente, dándoles a saber sin decir ni una palabra cuánto los quiero. Por más que sus cuerpos y voces hayan cambiado radicalmente, sus espíritus siguen estando tal cual como recuerdo. Esas almas puras y buenas que me rescataron se encuentran en el fondo de esos adolescentes frente a mí. Y a pesar de no verlas a menudo, este día puedo verlas fijamente y decir que están allí. Esos niños no desaparecieron. Solo... crecieron y maduraron, y se volvieron mejores.

—Los quiero, lo saben, ¿no? —ellos asienten—. Me salvaron de irme con alguna familia que no quería y por ustedes tengo todo lo que nunca imaginé tener. Gracias —murmuro—. Mamá *está* orgullosa de todos nosotros. Lo sé.

Nos damos otro apretón lleno de afecto, y luego intento contener todas mis emociones, las cuales hace bastante que están pendiendo de un hilo, siempre a la espera de que las dejase salir.

Segundos después, intentando contener las lágrimas, sigo abriendo mis regalos.

Luego de media hora riéndonos, tengo muchas cosas para decorar mi habitación prácticamente vacía. Una mochila nueva con fotos de nosotros haciendo caras raras que van desde mis ocho años hasta los diez años, un álbum de fotos familiares e imágenes enmarcadas de una manera extraña para colocar en la pared; también otros dos peluches que dicen «Te amamos mucho, pequeña», —los cuales me hicieron que dejara de contener las lágrimas de felicidad y así llorar a

mares. Por otro lado, había unas zapatillas que, según mis hermanos, no fueron entregadas hace mucho tiempo como los anteriores obsequios. Algo así como un año o dos que ellos me las enviaron y, que por suerte me quedaban bien, ya que mi pie no creció casi nada en dos años; una caja de maquillajes no muy grande y llena de ellos — a pesar de que nunca use maquillaje—, collares de mis bandas favoritas en aquel tiempo, y un bolso precioso de salir.

Creo que lloré cada vez que abría cada regalo, y mis hermanos se burlaban de ello, pero me abrazaban de todas. Nos reímos de lo que recordábamos en la infancia y las cosas que hacía cuando dormía, como si el tiempo no existiese a nuestro alrededor y estuviésemos envueltos en una nube de recuerdos de la que no quería salir.

En la noche, cenamos *pizza* todos juntos en mi habitación. La pedimos con el celular de Sam y mientras él bajaba a recibirla, Ty y yo terminamos de ordenar mis obsequios en los lugares correspondientes de mi habitación.

En algún momento luego de comer, nos quedamos dormidos, porque cuando me despierto los tres estamos en cualquier parte de mi cama y con los peluches encima de nosotros. La espalda me duele mil infiernos por la posición incómoda en la que dormí y mi cabeza palpita de dolor por encontrarse prácticamente colgando fuera de la cama mientras mis hermanos se abrazan a mis piernas como dos koalas. Incorporándome de a poco, intento zafarme del agarre de ellos. Luego de dos intentos, ambos me sueltan a duras penas mientras maldicen algo en sus sueños. Y sí, lo hicieron los dos al mismo tiempo.

Volteo hacia el reloj y me fijo en la hora.

—¡Sam, Ty! ¡Llegaremos tarde si no se apuran! —exclamo desesperada y alarmada saliendo de la cama de un salto y corriendo a mi armario como si mi vida dependiera de ello. Mis hermanos, del susto, caen de la cama y gimen de dolor—. ¡Vamos, apresúrense!

Me lanzan una mirada adormilada, pero con mis gritos sus ojos se abren y salen de mi habitación con pasos acelerados. El baño rápido que me doy no hace nada para que mis músculos tensos se sientan más relajados. No solo porque el agua está completamente fría, sino

porque no me doy casi nada de tiempo para disfrutar del baño. Al salir, me pongo lo primero que veo, dejo que mi pelo se esparza por mis hombros y me coloco mi mochila sobre mis hombros luego de cepillar mis dientes.

Bajo con rapidez las escaleras y espero en la puerta de entrada a los chicos. Ellos hacen el esfuerzo de no caerse de las escaleras, pero como son tan idiotas, se caen.

—Pero serán estúpidos —riéndome a carcajadas, los ayudo a levantarse.

Por el resto del camino hacia la planta baja de nuestro edificio se esfuerzan por no caer dormidos ni tropezar. El aire fresco que choca contra nosotros cuando salimos a la calle aleja todo rastro de sueño de nuestros sistemas. Nos adentramos en el *jeep*. La calefacción es rápidamente encendida cuando nuestros traseros se deslizan por los asientos, para luego salir pitando hacia el infierno llamado instituto.

El tráfico no es tanto, pero tampoco leve. Las personas se insultan unas a otras porque algo las hace llegar tarde al trabajo, unas pocas mujeres sacan a sus perros a pasear y estos ladran cuando escuchan gritar a los conductores. Tengo que taparme los oídos para que no sangren durante todo el trayecto. Por otro lado, mis hermanos mantienen una conversación sobre deportes y puntajes en la que no me logro sumar.

Llegamos veinte minutos después a causa de un imbécil al que se le ocurrió pararse en medio de la calle y fumar un cigarrillo porque estaba cansado del trabajo y se le gastó la gasolina, aparte de que no se dignó a llamar a un maldito remolque. Aquello me deja molesta por llegar nuevamente tarde y ni bien aparcamos en el estacionamiento, salgo del auto corriendo hacia mi próxima clase sin fijarme en nadie.

Me contaron mis hermanos que el Sr. Helpshit, el profesor de Historia, le da un sermón de una hora a cada estudiante que llega apenas un minuto tarde a la clase. Para mi mala suerte, llevo veinte minutos de retraso, por lo que el discurso que me dará no será simplemente de una hora.

Apresurada, corro por los pasillos hasta llegar ante la puerta de la clase. Mi respiración es agitada y mi pelo un desastre espantoso. Estoy más que segura que si me veo la ropa, voy a encontrarla toda empapada por mi sudor. Hago una mueca de asco y respiro hondo antes de incorporarme.

Toco la puerta con mis nudillos y entro cuando escucho una respuesta del otro lado.

El Sr. Helpshit me fulmina con la mirada y yo sonrío lo más inocente posible. Es un señor agrio y de mal carácter, lo cual se ve desde la distancia sin siquiera conocerlo. Al parecer, le gusta mucho usar trajes, y su calva es a la única cosa que la luz ilumina. Le saludo con la mano mientras camino hacia un asiento vacío en algún lado de la clase, aún con mi sonrisa de niña buena, y trato de pasar sin que me llame la atención ni me recrimine nada. Sin embargo, él se da cuenta de mi intento de escape.

—Señorita, venga aquí para que le hable de lo malo que es llegar tarde a la clase y de interrumpirla también.

Mierda.

Mi infierno con el profesor termina a los cuarenta minutos gracias a la hermosa y salvadora campana. Ni bien escucho esa cosa aguda que siempre odié y que en estos momentos amo con toda mi alma, tomo mi mochila del piso y salgo sin darle una mirada al estúpido y parlanchín Sr. Helpshit.

Almuerzo al igual que ayer con Emma y mis hermanos. Noto cómo visiblemente mi amiga se sienta en su asiento más suelta y menos tímida que el día anterior. Pero sigue sin darle ninguna mirada a Sam. Ni siquiera se dirige a él cuando habla. Y sé que él lo sabe porque la mira confundido, pero no dice nada. Casi me parto de la risa cuando él le pregunta si todavía va a venir a dormir a nuestro departamento y ella, mirando a Ty, le responde que sí. Sam se levanta furioso, su silla resonando contra el suelo, y se aleja por aquello. Dolida, Emma lo ve irse y baja la mirada antes de salir de la cafetería por el lado contrario. Con Ty nos miramos y nos empezamos a reír como nunca lo hicimos antes. Amamos los dramas y este definitivamente es un gran espectáculo.

Las clases de la tarde, por suerte, las tengo con Emma. No hablamos nada que se trate de mis hermanos y menos de Sam. Por primera vez, alguien se ríe de mis chistes. Son un asco. Sinceramente, no se le pueden llamar chistes. Desde que se fue de la cafetería, Emma no sonrío ni ríe por nada. Solo mantiene la mirada fija en el piso, como si estuviera pensando en algo que no puede descifrar. Pero me las empeño muy duro para que ella sonriera. Y funciona, luego de cuarenta minutos molestándola sin parar.

A la salida, Ty nos espera parado fuera del *jeep* y Sam dentro del auto con el semblante serio, su aura visiblemente roja por el enojo. La perplejidad y la furia se pueden notar desde la distancia que nos separa del auto. ¿Tanto le molesta que Emma no le dé ni la hora?

Sin embargo, es muy gracioso cómo se comporta Sam ante la ignorancia de mi amiga. Me da pena en parte porque es mi hermano, pero también siento que se lo merece. Sam siempre quiere toda la atención puesta en él, y si no la tiene, la intenta conseguir de cualquier manera. Aunque sé con certeza que logrará que Emma le preste atención, por más que ella esté ya a sus pies, completamente enamorada, y él no lo sepa.

Nos subimos a los asientos traseros y ponemos música de la radio. El sonido de una canción que desconozco llena el silencio del auto hasta que Ty canta la única parte que se sabe con una voz tan aguda que me hace reír a carcajadas sueltas. Cuando termina esa, todas las canciones que vienen luego me las sé; las canto a todo pulmón y gritando. De vez en cuando, en alguna estrofa, Ty se me une y reímos a la misma vez como si la tensión no rodeara la longitud del coche. Parecemos perros aullando a lo loco en vez de personas intentando *cantar*. Mi amiga se ríe de las caras que hacemos al movernos al ritmo de las canciones. Su risa es algo así como... angelical. No sé exactamente la palabra para describirla, pero con certeza puedo decir que es extremadamente delicada y dulce.

De reojo, puedo notar que Sam, mi querido hermano, la mira por el retrovisor cuando ella ríe. En cuanto nota que lo descubro mirándola como si fuese el dulce más rico del planeta, esquiva mi mirada y la mantiene fija sobre las calles.

Dejo que mis ojos corran de él hacia ella, y viceversa. «Voy a unir a este par de tórtolos sea como sea», pienso, y siento cómo el aire dentro del auto se calienta porque es realmente imposible no notar la química volando a nuestro alrededor.

Llegamos diez minutos después. Sam sale corriendo del auto para subir a nuestro piso y luego encerrarse en su habitación sin decirnos ni una palabra. Emma mira las escaleras que llevan al entresuelo con tristeza y luego a su alrededor.

—Es muy linda —comenta repasando con la mirada el suelo, los muebles y las paredes.

—Lo sé —sonríe y le tomo la mano con un apretón—. Vamos a hacer palomitas y luego ver una película —ofrezco y ella acepta gustosa hacer lo que dije.

Saco una bolsa de palomitas de maíz y la pongo en el microondas. Minutos después, nuestro aperitivo ya está listo, por lo que vamos hacia el sillón y nos tiramos en él con cansancio. Comenzamos a ver la película *We're the Millers* hasta que mi estómago ruge y pide que lo alimenten otra vez. Algo que tengo que aclarar es que nunca me canso de comer. El hambre me viene a cada rato. No puedo vivir sin comida. Creo que como mucho más que la gran mayoría de las chicas y chicos de mi edad, pero me da igual. Es lo que amo hacer aparte de otras cosas. Hay veces que como varias cosas a la vez y a la hora sigo teniendo hambre. *Así soy yo.*

Miro sonriente a Emma y esta me devuelve la mirada con confusión brillando en sus ojos marrones. Se sube las gafas con su dedo índice y frunce el ceño.

—¿Hacemos malteadas? —pregunto. Asiente y vamos de nuevo a la cocina. Saco el pote de helado de chocolate del refrigerador y lo dejo en la mesada. Nos empeñamos en hacer cuatro malteadas, pensando que mis hermanos también querrían, y luego, cuando ya están listas, miro a Emma—. Le llevaré esta a Ty y tú la otra a Sam.

Sin dejarle decir una palabra contradictoria, subo las escaleras casi corriendo y entro en la habitación de Ty. Se encuentra con los auriculares puestos, por lo que deduzco que no me escuchó entrar. Así

que dejo la malteada en su mesa de noche y lo empujo levemente para que me preste atención. Él me mira con el ceño fruncido.

—No me quiero perder esta escena y creo que tú tampoco. Emma le llevará una malteada a Sam y quiero ver la reacción de los dos —comento ansiosa y empujándolo hacia la puerta. Cuando digo todo eso, él me mira divertido y, como mi cómplice, nos acercamos con sigilo a la puerta entreabierta del cuarto de Sam. ¡Somos *ninjas* encubiertos! ¡Siempre quise serlo!

Asomamos nuestras cabezas y vemos todo lo que pasa. Emma se acerca tímidamente a mi hermano, el cual lleva en sus piernas su *laptop* con sus auriculares puestos. Puedo sentir el nerviosismo de mi amiga a cada paso que da y cuando le toca levemente el brazo con un dedo, mi hermano se sobresalta, se quita los auriculares y la mira confuso.

—Y... yo, eh... Hicimos m... malteadas y te traje una. Nat le llevó una a T... Ty y, bueno, y... yo a ti. *Espero que te guste* —dice con atropello la última frase, entregándole la malteada con manos temblorosas. Sam mira con adoración del batido a Emma y viceversa. Sonríe.

—Gracias.

Emma se ruboriza y baja la mirada como si no pudiese contenerse.

—De n... nada, Sam. A... ahora me tengo que ir a ver una película. Nos vemos —hace un ademán con la mano en forma de un leve saludo de despedida y se da la vuelta aún con sus mejillas encendidas. Con Tyler salimos de nuestro escondite para meternos en su habitación y que no nos vean espiándonos antes de que Emma se dé cuenta de nuestra presencia. Una vez que cerramos la puerta, nos reímos.

—Eso fue épico. Nunca vi a una chica tan tímida y que tartamudee de esa manera —comenta Ty tocándose el estómago.

—Yo tampoco. ¿Viste la mirada que le dio Sam al batido y a Emma? ¡Era de adoración absoluta!

—¡Lo sé!

—Ahora me tengo que ir porque tengo a una invitada que me va a matar por hacerla pasar ese papelón. Por lo tanto, deséame suerte, hermanito.

—Suerte.

Salgo de la habitación y bajo las escaleras hacia el salón. Y en vez de encontrar a una Emma enojada, como bien me esperaba, encuentro a una sonriente y feliz. Hago que no noto esa sonrisa y me siento a su lado como si nada. No tengo que hacerle saber que presencié todo.

Terminamos viendo dos películas; una de miedo y otra infantil. Mientras tanto, pedimos comida a domicilio y nos la comimos con las vistas espectaculares de hombres semidesnudos que hay en algunos comerciales. Ella se ríe cuando digo cosas descaradas sobre esos tipos y los señalo con mi tenedor. Me contó que nunca antes había escuchado de cerca a una chica que dijera tantas barbaridades y descaros en menos de un minuto. Me reí ante ese halago.

Me siento cómoda al estar con ella así. Es sorprendente el hecho de que ella no empezara a hablar sobre mi hermano, sobre qué tan bueno está o qué tan grandes son sus brazos. No dice ni una palabra sobre alguno de los gemelos. Es más, evita ese tema de conversación cuando lo saco a colación. Eso me da otra esperanza más y la corazonada de que no es como todas las que juegan a ser tus amigas y luego, cuando consiguen su propósito, te dejan.

A las diez de la noche, Emma me comenta que tiene sueño y me pregunta si no es molestia que ella se vaya ya a la cama. Dice que su entrenamiento de *ballet* la agotó y que tiene todos los músculos entumecidos. Le digo cuál es mi habitación y de dónde podía sacar ropa.

Al estar en mi cuarto, me pongo unas calzas negras deportivas, una musculosa —también deportiva— y unas zapatillas de correr. Ato mi cabello en una cola de caballo y me encamino a la puerta de entrada, no antes de tomar mi celular, mis auriculares y apagar la luz para que Emma pudiera dormir.

Salgo a la calle y comienzo a correr.

Muchas veces salgo a correr de noche porque es cuando la gente no está para molestar, exceptuando los vagabundos y borrachos. Siempre odié tener que esquivar a todos y la mayoría de las veces ser tumbada sin querer por hombres apurados. La gente estorba mi camino y rompe mi paciencia cuando corro bajo la luz del sol, por lo que siempre elijo las noches. Trotar bajo el manto oscuro lleno de estrellas mientras la brisa hace a mis vellos erizarse. Ya hace una semana que no salgo a correr por todo lo de la mudanza con mis hermanos y el colegio. Sin embargo, cuando tengo tiempo, lo aprovecho para salir a hacer ejercicio. Nunca pude levantarme temprano en la mañana para correr porque me da pereza y termino quedándome dormida en el banco del parque más cercano.

Corro contra el frío viento y me impulso más adelante, incitándome a seguir y a aumentar mi velocidad, muy insegura de a dónde voy, pero sin importarme ese hecho en realidad.

Me tomo mi tiempo en respirar pausadamente e inhalar el viento gélido de la noche chocando contra mi cara y alborotando mi cabello. Mi piel se eriza por no llevar un abrigo y disfruto el sonido que los grillos. El cri, cri, cri me envuelve y se mezcla con la música sonando en mis oídos. Sigo unas manzanas más, dejándome llevar por las canciones que resuenan en mis auriculares mientras trato de controlar mi respiración. Mis pasos resuenan contra el pavimento.

El fuego que siento en mis piernas me relaja y no se compara a nada con mis pulmones. Necesito aire y es por eso por lo que tomo varias respiraciones más, aún sin parar ni disminuir la velocidad. Mis brazos se mueven al mismo ritmo que mis piernas, hacia atrás y adelante con la misma rapidez, en un vaivén sincronizado.

Mis músculos se tensan y es cuando me doy cuenta de que tengo que parar. Me encuentro jadeando y sudando. Agitada, me encorvo hacia adelante. Mis brazos apoyados sobre mis muslos mientras mis manos cubren mi rostro. La sangre corre con fuerza contra mis venas y puedo sentir el sudor deslizarse por mi piel, dejándome brillante a la vista.

Aparto mis manos de mi rostro y me reincorporo como puedo, el cansancio abarcando cada movimiento. Mis músculos chillan y piden piedad, pero los ignoro. Miro a mi alrededor intentando ubicarme,

pero no conozco nada de lo que veo. Aun así, algo me llama completamente la atención.

Muchas personas se dirigen a un lugar grande y oscuro. Las luces del interior iluminan un poco a las afueras, al menos para ver por dónde caminas. Hay chicos y chicas empujándose para llegar a la entrada mientras gritan nombres que no logro descifrar a esta distancia, como si estuvieran apoyando a alguien. Sus cuerpos se deslizan por el césped hasta la puerta de entrada, en donde más tumulto de gente se encuentra queriendo entrar a tropezones. Confundida, me acerco más hasta ver desde la distancia a dos muchachos altos, esbeltos y muy musculosos en la entrada, pidiendo boletos a las personas. Por un momento pienso en un concierto, pero es demasiado pequeño para uno. Quizá es un pequeño *show* privado, pero algo dentro de mí me hace dudar de ello también.

Me alejo de ese tumulto de gente y miro hacia los lados con mucho esfuerzo. Estrecho mis ojos a más no poder. La luna hace poco por iluminar el lugar y los faroles encendidos dentro del recinto tampoco sirven de mucho. Logro ajustar mi visión justo antes de comenzar a caminar. Un callejón al costado del gigante edificio hace que mi curiosidad crezca más acerca de este lugar, por lo que me encamino hacia allí. Mirando a mi alrededor, busco una entrada oculta o algo por dónde entrar a hurtadillas, pero mis ojos no se encuentran con ninguna. Solo un enrejado muy alto, por el cual no llegaría a saltar ni aunque tuviera dos metros de alto. Del otro lado, puedo ver una especie de puerta toda oscura y sin ningún cartel. Si no fuese por los segundos que me demoré buscando, no la hubiese visto. Se camufla muy bien con las paredes a los costados.

Observo más detenidamente el enrejado, viendo si hay algún lugar por el cual pasar y... Sí, allí está.

Un pequeño, agujero se encuentra cortado en un costado que casi no se puede vislumbrar. Camino hacia allí y trato de pasar sin rasparme con el alambre ninguna parte de mi menudo cuerpo. Gracias a los ejercicios constantes que hago, supongo yo, logro pasar sin llegar a hacerme rasguños. Tomo un respiro de victoria y sin demorarme más en calmar mi corazón latiendo con fuerza contra mi pecho, corro hacia la puerta misteriosa y la abro sin hacer ruido.

Una escalera aparece frente a mí y la subo hasta que veo una puerta en la cima de esta. Entro intentando no hacer chirriar la puerta y asomo mi cabeza. Hay un pasillo con alguna que otra persona caminando. Llevan cosas oscuras y negras sobre sus cuerpos, y al verlos decido inmediatamente que yo puedo fingir ser uno de ellos si actúo con normalidad y determinación. Pongo mi mejor cara de aburrimiento y comienzo a caminar por el pasillo.

Nadie nota mi presencia.

Paso por unas puertas altas y me detengo al escuchar los gritos y aplausos de las personas detrás de estas. Son ánimos hacia alguien en particular y otros abucheos. Asomo mi cabeza un poco y veo una habitación grande y muy espaciosa, llena de personas eufóricas que gritan por los vientos con demasiada ansiedad bullendo de sus poros. La tensión se siente en el aire y corta mi respiración de una manera que no logro entender. En el centro hay un cuadrilátero y sobre él, un hombre vestido formalmente y con un micrófono en sus manos.

Está a punto de hablar, y cuando me preparo para escuchar sus palabras, un tirón en mi brazo derecho hace que dé unos pasos atrás. Me llevan hacia... Vaya a saber dónde, y lo siguiente que sé es que cierran una puerta con un golpe sordo y furioso. Levanto mi mirada, mi interior ligeramente intimidado, y me enfoco completamente en esa persona. Enojada al notar de quién se trata me cruzo de brazos. ¿El chico que me quería sacar el asiento el primer día que llegué al instituto? ¿Qué mierda hace aquí?

Me devuelve la mirada con molestia.

—¿Qué haces aquí? —gruñe enojado, su voz siendo casi un susurro en comparación con el ruido estruendoso que se alza sobre todo el lugar.

—Lo mismo me pregunto yo, Muchachote —digo. Él gruñe de nuevo, ahora con desagrado al escuchar el apodo.

—No me llames así. Vete.

—Siempre echándome —ruedo mis ojos—. Así no se trata a una dama, Muchachote —lo veo recorrerme furioso con la mirada y apretar sus manos en puños con molestia no fingida. Su gran y escultural cuerpo tiembla en sudor. Sus facciones duras les dan invitaciones a mis

manos para recorrerlas y su mandíbula, cincelada y espectacularmente cuadrada se encuentra contraída a más no poder. Por un momento me permito embelesarme ante la vista. Es realmente hermoso de una manera dura y escalofriante, con esos ojos azules fríos e hipnotizantes que te hacen querer correr lo más lejos que puedas. Y, por supuesto, su cuerpo, que se alza sobre mí como una pared imperturbable y definitivamente difícil de derrumbar.

—No puedes estar aquí. ¿Viniste sola? ¿Cómo entraste? —pregunta con rapidez. Por un momento casi digo que entré como todos los demás, con simples entradas. Pero sé que él no me creerá, algo en su postura me lo afirma.

—Sí, vine sola. No te diré cómo pasé. ¿Por qué no puedo estar aquí?

Ahora soy yo la enojada. ¿Quién se cree que es? Por lo que sé, este lugar es público. Y, ya que las personas que ingresaban tenían entrada, una que es muy parecida a las de cine, los cuales, por ende, son públicos, claramente puedo estar aquí.

—No puedes estar aquí sola. Te podrían hacer algo. Tienes suerte de que fui yo el que te encontró —gruñendo, cruza sus brazos esculpidos y desnudos en su pecho, cubriéndolo por completo. Y es recién ahí cuando noto cuán desnudo y exhibicionista está.

Su pecho se encuentra sin nada cubriéndolo, al aire libre como si nada. Lleva unos pantalones de gimnasia y unas zapatillas de correr al igual que yo, y que le quedan extremadamente bien. Su pelo despeinado le da aires de rebeldía y hace que me quede completamente muda ante tal hermosura, pero una vez más me concentro en lo que dijo y en responderle.

—No me importa, me quedaré quieras o no —digo decidida y sin permitir que él gane. ¿Por qué no *quiere* que me quede?

Gruñe y se calla para escuchar algo. Vuelve a gruñir y no puedo evitar preguntarme por qué lo hace tanto. Creo que nunca escuché a alguien parecerse a un perro loco tanto como él. Y eso es decir mucho, ya que apenas lo conozco de... En realidad, nada, solo fueron unos segundos los que estuvimos en la presencia del otro.

—Bien, entonces sígueme. Espero que no te cause náuseas ver sangre —comenta resignado, girándose hacia la puerta y abriéndola. La poca luz que entra hace que aprecie mejor el pequeño cuarto en el que estábamos. Una pequeña oficina, al parecer.

Me encojo de hombros y lo sigo hacia donde quiera que vaya.

—No me molesta, ¿por qué?

—Ya lo verás.

Pasamos aquellas puertas altas en las que estaba antes y caminamos hacia un grupo de cuatro hombres que hablan entre sí. —Noah, necesito que la vigiles bien y no te separes de ella, ¿entiendes? — ordena con esa voz grave y sexi que tiene a un hombre de pelo castaño y ojos cafés. Este asiente en respuesta y me mira decidido, tomándose las palabras muy en serio.

—¿Qué tal?, soy Noah —sonriéndome coquetamente, toma mi mano y se la lleva a la boca. Antes de poder besarla, la mano del Muchachote aferra mi cintura y me separa de Noah con un gruñido.

—Es hora de empezar. Déjate de estupideces y llévala a los asientos, que ya tengo que entrar —espeta soltándome y viéndome a los ojos—. No te separes de ellos, hazme caso si no quieres llegar golpeada y magullada a tu casa o, en todo caso, a un hospital —lo observo con los ojos abiertos y asiento efusivamente.

—De acuerdo —él asiente y se prepara para... *Ni idea.*

Puedo ver cómo comienza a sacarse el pantalón de gimnasia, mi corazón deteniéndose durante unos segundos al pensar que se quedará solo en bóxer, pero no es así. Debajo del pantalón largo hay uno un poco más corto. Mi corazón comienza a funcionar de nuevo. Él desaparece de mi vista cuando Noah me lleva hacia la multitud, haciéndome sentar en las primeras butacas. Los gritos del público se intensifican ante las palabras del presentador, y todo a mi alrededor se vuelve un estallido de aullidos en busca de acción. Tiemblo intimidada, y pestañeo un par de veces. Nunca antes había estado en un sitio como este, mucho menos con personas semidesnudas gritando a todo pulmón en dirección al cuadrilátero, en donde un chico encapuchado comienza a pasearse sobre la superficie plana y

ligeramente acolchonada. A decir verdad, todo esto se me hace furiosamente extraño y la mera idea de estar aquí me hace querer vomitar. Pero, sin embargo, me aguanto las ganas de devolver todo lo que hay en mi estómago. La intriga supera el miedo y las ganas de querer irme corriendo a casa.

—¡Damas y caballeros! Y en la otra esquina tenemos a... ¡Damon «la Furia» Woodgate! —grita el presentador por el micrófono y todos se paran en el instante, antes de comenzar a vociferar palabras no aptas para menores de dieciocho años. Sus aplausos y alaridos seguramente se deben escuchar hasta en China. Me estremezco una vez más mirando a mi alrededor, mis tímpanos a punto de estallar.

Entonces, volteo hacia un costado y me encuentro viendo hacia un delgado pasillo, en donde una cortina negra es corrida hacia un lado y de donde sale... ¿Muchachote?

¿Qué mierda?

CAPÍTULO 4

Damon, que al parecer ese es su nombre, camina hacia el *ring* y se sube con elegancia sin mirar a nadie, como si no fuesen lo suficientemente buenos para llamar su atención. Su cuerpo brillando con sudor es ligeramente iluminado por las luces colgando del techo. Una bata de tela fina color negro cubre sus brazos y cae abierta a sus costados, dejando a la vista su enorme y precioso torso. Su pecho desnudo está iluminado por las luces del complejo. Las sombras que se crean en sus abdominales hacen que mi boca se seque por completo y que no pueda apartar la vista de allí. Sus piernas se mueven con lentitud, sin importarle el tiempo que tarde en llegar al cuadrilátero. Tranquilidad pura es lo que demuestra. Confianza y arrogancia, todo en uno. Su competidor es un joven de unos dieciocho años, fornido, rubio ceniza y con ojos tan verdes que sorprenden su claridad. No es muy alto y su complexión no es nada en comparación con la de Damon. Sí tiene bastantes músculos, pero definitivamente no se acercan siquiera a los de él.

Mi boca cae abierta. La sorpresa de que Damon sea boxeador aún se mantiene burbujeando en mi interior. Lo imaginaba por su físico trabajado que sería un jugador de fútbol americano como mis hermanos, un atleta... Sin embargo, no un boxeador. Nunca lo hubiera esperado, pero no quita que haya sido capaz de considerarlo. Cuenta con la fuerza y la estatura de uno muy bueno, y su mirada oscura, fría y penetrante, completamente seria, le ayuda mucho más para intimidar a su oponente.

Él y su contrincante se observan con rivalidad, creando una energía tensa en el ambiente. La multitud parece no notarlo porque desde el primer momento se encuentran gritando a todo pulmón lo que piensan de los peleadores. Desde mi lugar puedo notar cómo las mujeres se encuentran casi sin ropa en el cuerpo, algo que me desconcierta mucho. ¿Por qué se visten así para una pelea? Comprendo que quieran ligar con alguien, pero de esa forma solo conseguirán algo casual. Los hombres, por otro lado, no están un poco mejor. Algunos no llevan remera, pero tienen pintado algo con tinta sus torsos. Realmente no me quejo por lo que la gente decide hacer,

solo considero que no es tanto como para desnudarse en medio de un estadio por una pelea. Creo que todo eso es absurdo.

Vuelvo a posar mis ojos en el *ring*, y finalmente alejar mi mirada de la multitud.

Damon y su competidor se observan con odio puro, concentrando su atención el uno con el otro mientras Damon se saca la bata y la tira hacia un costado, en donde alguien está para tomarla. Mi mirada no se puede despegar de ellos, ni siquiera cuando suena la campana y comienza la pelea. Eso hace que todo a mi alrededor desaparezca, que solo pueda ver el *ring* y cómo la batalla empieza.

—Noah, ¿cómo se llama el otro competidor? —pregunto sin dejar de ver la pelea. El otro chico le quiere atinar un puñetazo en la cara a Damon, pero este es más ágil y rápido, esquivándolo y zafándose de un buen rechazazo.

—Steven —responde tan concentrado como yo y sin mirarme. Asiento agradecida de finalmente tener un nombre para ponerle al rostro que será próximamente destrozado.

Steven se acerca de nuevo a Damon, pero no llega a hacerle nada porque con rapidez él le golpea en la mandíbula con el puño derecho envuelto en los guantes de boxeo. Steven da un paso atrás por el impacto del golpe, sorprendido, pero luego embiste con todo. Por suerte, no logra hacerle nada porque Damon lo evita y contrataca con la mano contraria hacia su costado izquierdo y luego con la otra a su derecho. Seguidamente, y con agilidad, lo golpea con furia en la cara y en el torso. Es en este momento en el que comprendo por qué lo llaman «La Furia». Es como si él diera bastante de sí mismo en el cuadrilátero, aunque esté observando por primera vez una de sus peleas, dándole tanto enojo y furia, tal y como lo dice su apodo, a sus golpes. Y debo admitir que es impresionante que el contrincante no haya caído todavía. Steven no logra hacerle ni un mínimo rasguño, pero Damon lo está derrotando casi sin esfuerzo alguno.

Lo golpea en la mandíbula una y otra vez con el mismo puño, y siempre retrocede ante el enojo de él. La mirada de Damon es fría y distante, pero concentrada y mordaz. Feroz. Se acerca peligrosamente a su oponente y este otro por instinto retrocede, cubriéndose la cara a

modo de defensa. Entonces me doy cuenta de que esa fue la estrategia de Damon: hacerle pensar que iba a golpearlo en la cara, cuando en realidad, sus golpes se concentraron en el torso y el abdomen.

Cuando Steven comprende la situación, deshace su escudo y trata de alejarlo, pero solo logra tener una sangrienta y cortada ceja.

Sus respiraciones son agitadas y el público los alienta cada vez más. Los dos están sudados, pero el más agitado es Steven, quien está lleno de miedo y temblando en medio del *ring*. Sus ojos se encuentran desorbitados en ocasiones cuando Damon le pega, pero luego se recupera hasta que a los minutos vuelve a desconectarse por el dolor.

Las chicas gritan obscenidades hacia Damon, que pretendo no escuchar ni entender. ¿Por qué son así? Miro alrededor y noto que muchos son del instituto. Al parecer, soy la única que no sabía que él boxeaba. A varios los veía seguido por los pasillos, pero otros simplemente en clases.

Me estremezco ante la cargada atmosfera del lugar. La testosterona está prendida fuego y se me hace imposible respirar sin sentirla. Bulle en ondas fuera del cuerpo de Damon junto con el sudor y la energía. Mi piel se calienta al instante en el que mis ojos se centran en los movimientos de sus brazos y rápidamente mi alrededor baja la velocidad hasta quedar en cámara lenta. Puedo notar cada movimiento de los brazos de Damon. Sus músculos tensándose y contrayéndose, su piel suave y lisa estirándose y dándome un espectáculo esplendido. Lo disfruto por lo poco que mi ensoñación dura, y absorbo todo lo que puedo del momento.

Entonces, todo vuelve a la normalidad. El tiempo una vez ralentizado sigue su curso como si nada hubiese sucedido.

Sin darle tiempo a recuperarse, Damon se aproxima a su contrincante y, con pocos ánimos de seguir peleando, lo golpea dos veces en la cara, una en la mandíbula y otra en la mejilla. Noqueado, el cuerpo de Steven cae exhausto al suelo.

Eufóricos, el público se levanta y aplaude con mucha energía. Gritan, festejan y gritan más. Sin embargo, Damon solo mira a Steven, esperando a que no se levante para ya terminar. El árbitro cuenta

hasta diez golpeando el suelo junto al cuerpo magullado del vencido, y da a saber que Damon es el ganador. Lo toma del brazo y lo alza al aire con orgullo.

Damon repasa al público hasta que su mirada azulada se encuentra con la mía. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo, haciendo que enderece mi espalda. La respiración sale de mis pulmones y de repente no puedo inhalar ni hacer otra cosa que mirarlo, embelesada por lo oscuros que de repente se volvieron sus ojos azules. Su intensidad es casi palpable. Me mira expectante, como si quisiera que expresara algo. Le sonrío levemente y noto cómo en sus ojos un brillo mínimo aparece, no obstante, su semblante sigue siendo neutro. Estoy feliz de que no me haya mirado con ojos fulminantes.

Su respiración sigue siendo agitada y dificultosa, sin la intención de parar por unos cuantos minutos. Inclusive, empeora cuando vuelve a mirarme luego de beber unos sorbos de agua embotellada que alguien le da. Su pecho sube y baja constantemente. No aparto la mirada, no porque no quiera —porque no quiero—, sino porque no puedo hacerlo. Es hipnotizante la manera en la que me ve, como si fuera la única sentada allí.

Eso es *raro*.

Una mano en mi brazo me saca de mis pensamientos. Aparto mi mirada de la Damon y observo a Noah, quien está parado a mi lado tendiéndome la otra mano. Por el rabillo del ojo puedo notar cuando Muchachote se marcha. Y sorprendentemente, me decepciono sin saber por qué. Algo en mí cae, solo un poco, pero, aun así lo noto.

Lo ignoro.

—Tenemos que irnos, preciosa —dice él, intentando coquetear, sin embargo, evito su comentario. Asiento, pero no tomo su mano. Su flirteo y belleza no me causan nada, aunque no lo culpo por intentar algo con todas. Parece ser un buen chico y un mujeriego a la vez.

Pasamos por aquel pasillo por el que Damon salió antes, cruzando una cortina negra. Caminamos por el lugar en donde había estado, yendo hacia una puerta con un cartel que dice «La Furia» escrito en cursiva. Entro primera y luego los otros miembros del equipo de

Damon, entre ellos, Noah. Miro lo que me rodea y me sorprendo al notar que no tiene ninguna foto de chicas desnudas o algo por el estilo. Solo son cuatro paredes negras, un vestidor lleno de ropa para entrenar, unos tocadores con espejos y sillones contra las paredes.

—¿Quieres? —pregunta un joven de unos veintiséis años aproximadamente, tendiéndome una botella de agua. Dudo un segundo, pensando en que podría contener algún tipo de droga, pero luego descarto esa estúpida idea y sonrío mientras la agarro.

—Gracias...

—Peter —contesta devolviéndome la sonrisa, una que deja ver unos blanquecinos dientes casi perfectos, a excepción de uno doblado en la parte superior del lado derecho de su boca.

—Soy Natalie, mucho gusto —nos damos la mano y sonreímos otra vez.

—Igualmente —separa nuestro agarre y se va a sentar a un sillón con los que supongo que son el resto del equipo.

Me siento en otro más alejado de toda la conversación que inició entre ellos y me quedo viendo la nada, tomando de a pequeños sorbos del agua embotellada hasta que minutos después entra Damon, tan espectacular como las pocas veces que lo vi. Todos se callan cuando él entra y lo miran con alegría impresa en sus rostros. Algunos lo felicitan, pero él solo agradece con un asentimiento de cabeza y repasa toda la habitación con su mirada. Al no encontrar lo que buscaba, frunce el ceño. Toso para llamar su atención y logro que él se centre en mí. Me mira y ese brillo que antes vi, aparece de nuevo, solo que ahora con mucha más intensidad. Creo que estoy empezando a desear ver ese brillito con más frecuencia. Es como ver millones de fuegos artificiales solo en sus ojos zafiros. Se acerca, toma un banquito que hay debajo de uno de los tocadores, y se sienta enfrente de mí.

Me observa sin hablar, poniéndome tan nerviosa que miro hacia otro lado para no verlo a la cara. Su mirada es muy penetrante.

—¿Qué te pareció la pelea? —pregunta sin emoción, pero aún con ese brillo. Es como si esperase mi respuesta sin siquiera preguntarla. Su voz ronca, baja y sexi manda escalofríos por todo mi sistema,

haciéndome temblar por completo. Intento ocultarlo para que no vea qué causa en mí. Ni yo quiero creer lo que aparentemente me causa.

—No sabía que peleabas —digo con sinceridad.

—No cambies de tema. ¿Qué te pareció la pelea? ¿Cómo estuve? —parpadeo ante su arrebatado ansioso. Parece desesperado por recibir una respuesta de mi parte. Asiento ligeramente.

Este chico me va a volver loca con todos sus cambios de humor.

—No soy muy fan de las peleas, pero... —él me interrumpe.

—Me dijiste que no te importaba ver sangre —gruñe enojado.

—No me molesta ver sangre, pero no es que lo ame, Damon. De todas formas, creo que peleaste muy bien, aunque no sabría decirlo con certeza porque nunca antes he visto una pelea de boxeo —respondo un poco avergonzada por lo último.

—Dilo de nuevo.

—¿Qué? —pregunto confundida.

—Dilo de nuevo —gruñe cansado.

—¿Qué cosa?

—Mi nombre —frunzo el ceño, pero no le discuto.

—Damon... —musito despacio para que escuche bien. Él iba a decir algo, pero una mano se posa en su hombro, interrumpiéndolo.

—Damon, tienes que ir a recibir tu paga. Te felicito, los espectadores se quedaron maravillados con la pelea de hoy y se sorprendieron cuando Steven no te pudo dar ni un solo golpe —el que habla es un hombre de unos cuarenta años, más o menos, alto y delgado, con leves músculos en sus brazos. Nada interesante. Damon asiente, aun mirándome, y luego se levanta.

—Que no se vaya —les advierte a todos los de la habitación antes de irse. Me quedo sorprendida ante su tono amenazador y me quedo estática en donde estoy. ¿Por qué se empeña en dar órdenes que

tienen que ver conmigo? ¿Y desde cuándo él tiene que decirme cuándo me puedo ir y cuándo no?

—Gracias —dice alguien dirigiéndose a mí. Volteo y miro confundida al chico.

—De nada, pero ¿por qué me agradeces?

—Desde hace un mes que no pelea así de bien y los espectadores apuestan mucho por él. Tiene que ganar. Y hoy, al parecer, te quiso sorprender.

—La verdad no entiendo por qué —señalo en un susurro.

—Nosotros tampoco, pero ¿no has visto la forma en la que te pregunto qué te pareció la pelea? —asiento, comprendiendo su punto—. Te quiso impresionar.

—Me ha gruñido miles de veces en la cara, ¿y tú dices que me quiso impresionar? —él afirma—. Pues, estás loco. De todas formas, es seguro que nos vean discutiendo todo el tiempo. El primer día que nos vimos, me senté en su «supuesto» asiento y él intentó echarme, diciéndome que era *su* lugar —me encojo de hombros ante el recuerdo.

—¿Y tú que hiciste al respecto? —pregunta muy interesado por mi respuesta, pero no le doy importancia.

—Le llamé Muchachote y le dije que se fuera, porque cuando llegué al asiento él no estaba. Así que no era de nadie. Y luego me senté sin dirigirle una mirada —una risita escapa de mi boca ante el recuerdo de su rostro. Ellos se miran unos a los otros sonrientes y luego a mí.

—Creo que vendrás seguido aquí... —susurra el mismo chico mientras se marcha. Intento decir algo, pero Damon entra en la habitación nuevamente, ahora más relajado.

—Vamos, te llevaré a tu casa —ordena al mirarme, entonces me cruzo de brazos.

—Puedo irme como llegué.

—¿Cómo llegaste?

—Corriendo —Damon me observa sorprendido.

—¿Por qué corrías? ¿Te estaban persiguiendo? —parece como si en serio lo estuviese preguntando. Su rostro serio y mandíbula apretada hacen un buen acto de preocupación.

—No, no siempre que alguien corre significa que le estén persiguiendo —comento rodando los ojos.

—No me importa, vendrás conmigo —demanda acercándose.

—Quiero irme sola.

—Son las once de la noche, no te puedes ir sola.

—Sí puedo —levanto mi cuerpo del sillón, lista para marcharme.

—No —gruñe acercándose.

—Sí.

—No —da otro paso.

—Sí.

—No —llega hasta mí. Lo miro a los ojos, por lo que tengo que levantar la cabeza, ya que es muy alto, y sonrío levemente.

—Sí —su mirada se convierte en divertida y luego, cuando pienso que dirá algo más, hace todo lo contrario. Me toma con sus grandes y fuertes manos la cintura y me coloca sobre su hombro con rapidez. Chillo en respuesta y le pego en la espalda, su ancha y dura espalda—. ¡Bájame, Damon!

—Cállate y deja de pegarme —dice, dándole un manotazo a mí trasero, mientras yo vuelvo a chillar.

—¡No me pegues! —lo golpeo de nuevo en la espalda.

—Entonces tampoco me pegues —gruñe caminando hacia la puerta. Y de repente, una idea se me viene a la cabeza y dejo de pegarle.

—Damon —musito en un tono enfermo y débil—. Y... yo, creo que... vomitaré mi cena... —digo para convencerlo y por suerte, se detiene antes de salir. Me baja con lentitud y me ve con el ceño fruncido.

Todos en la habitación nos miran atónitos y divertidos. Trato de no sonreír cuando toco el suelo con mis pies, pero no lo puedo evitar. Intento salir corriendo, pero Peter grita, avisando que lo que dije era una trampa para escaparme. Damon se pone alerta, atrapándome y colocándome de nuevo en su hombro. Rendida y exhausta de pelear contra él, me dejo llevar. Suspiro.

Abre la puerta y sale conmigo colgando.

—Nos vemos otro día, Nat —grita alguien con diversión, mientras el resto me saluda con la mano burlescamente. Les sonrío con cinismo y les saco el dedo medio. Imbéciles, me dejaron con el monstruo de lindos ojos.

La próxima no se las dejaré pasar.

—¡Se las cobraré, idiotas! —grito antes de que desaparezcan de mi vista.

Salimos al frío aire de afuera y me tensa. No traje campera y me estoy muriendo congelada. Maldita cabezota que soy. Mis dientes tiritan a causa de que estoy prácticamente entumeciéndome por el gélido ambiente de la noche, y él mira sobre su hombro hacia mí.

—¿Tienes frío?

—No, estoy muerta de calor, Damon —respondo con ironía.

—No uses la ironía conmigo, Nat —gruñe fulminándome con la mirada.

—Como tú digas, Muchachote —vuelvo a decir en el mismo tono que antes. Damon vuelve a gruñir, pero ahora lo hace dos veces seguidas al escuchar el apodo.

De repente, se para en algún lugar de la calle, me toma con suavidad de la cintura y me baja hasta quedar sentada en algo suave. Miro en dónde estoy y me sorprendo de encontrarme encima de una moto, pero lo raro es que no me sentó en la parte de atrás, sino que en la de adelante. Justo en el frente. Lo miro confundida ante su equivocación, pero este ya se encuentra sentándose detrás de mí, pegando su pecho en mi espalda y apretándome a su cuerpo con una mano en la cintura.

La otra la lleva al acelerador y mueve una llave, prendiendo el motor; llenándola de vida.

Acaricia con delicadeza mi cintura, haciendo que corrientes eléctricas me recorran por todos lados y me quemem por dentro, antes de alejar la mano y colocarla en el otro manubrio. Cierro los ojos para disfrutar el aire en mi cara, el leve cosquilleo que dejó Damon en mí y la tranquilidad de las calles al no haber ninguna persona en ellas. Respiro hondo y sonrío un poco al escuchar el ruido de los grillos cantar. Sin poder evitarlo, dejo que mi cabeza caiga sobre su pecho y desde ahí, no recuerdo nada.

—Natalie, despierta... —me susurran al oído y protesto, mientras paso mis brazos alrededor de esta almohada dura y cómoda—. Llegamos a tu casa —vuelve a hablar.

—Qué bueno, unicornio. Llegaste por tu oro. Felicidades, ahora déjame dormir —respondo medio dormida. Puedo escuchar una risa masculina, pero es tan lejana que no me percató de nada.

Pasan una mano por mi espalda baja y la otra detrás de mis rodillas. Demonios, este unicornio sí que tiene fuerza. Me levanta en brazos y comienza a caminar. Puedo escuchar un timbre sonar y luego una voz muy conocida para mis oídos, aunque no la puedo ubicar con toda la niebla cegando mi mente. ¿Cómo es que este unicornio sabe dónde vivo?

—¿Por qué Nat está contigo? —cuestiona otra voz diferente a la del unicornio.

—La encontré husmeando en *Monsplat*. Al parecer, salió a correr y llegó hasta ahí. Por suerte la encontré y la traje luego de la pelea.

—Gracias por traerla. Así que, ¿ganaste?

—Sí, es obvio que gané.

—Bueno, felicidades y te agradezco por haber traído a mi hermana.

—Claro —siento que otras manos me toman, entonces me remuevo incómoda hasta encontrar una posición en la que estoy mejor.

—Adiós.

La persona que me lleva camina un poco hasta que se detiene por unos segundos y luego vuelve a caminar. Escucho el tintineo que hacen las llaves al chocar unas contra las otras y luego la cerradura al abrirse. Vuelve a andar y me deja en un lugar suave y cómodo, el cual parece el cielo para mi cuerpo. Me estiro lo más que puedo y me pongo cómoda para seguir soñando con pasteles de chocolate que se devoran humanos bañados en caramelos. Me colocan algo abrigado y calentito, así que me acurruco para conservar ese calor tan reconfortante. Puedo escuchar un leve aullido y un «shh» de parte de una persona, antes de que la oscuridad me invada por completo.

CAPÍTULO 5

—Así que, ¿dónde estuviste ayer? —pregunta Ty mirándome con reprobación. Frunzo el ceño al recordar todo lo de la pelea, pero no lo que pasó después de subirme a la moto. ¿Me desperté?

—Fui a correr —respondo simplemente. Hay veces que los sobreprotectores de mis hermanos superan los límites. Solo espero que no siempre sean así conmigo. Algún día voy a tener novio, y ellos tendrán que aceptar ese hecho sin rechinar.

—¿Hasta las once de la noche? No jodas, Nat. Eso es mucho y tú saliste temprano a correr. Dime la verdad.

Estamos solo los dos en el auto yendo para el instituto porque a Sam lo habían castigado y se tuvo que marchar antes, y Emma... La verdad no lo sé. Ella me dejó una nota diciendo que tuvo que salir temprano porque tenía que ir a buscar una tarea a su casa y no sé qué más. Por lo que ahora, mientras miro el paisaje de todas las casas y edificios que pasamos, Tyler me hace estas preguntas sobre ayer. No sé qué le sucede, muchas veces fui a correr cuando ellos aún vivían conmigo y con mi padre, por más pequeña que fuera yo en ese entonces, por lo que no entiendo el motivo por el que desconfía ahora de mí.

—No es mentira, pero me distraje al ver que muchas personas entraban a un lugar y me dio curiosidad, por lo tanto, entré —sonríó y me encojo de hombros.

—¿Cómo entraste si no tenías entrada? —ahora es él el que está confundido.

—¿Cómo sabes que se tenía que ingresar con entradas? —le pregunto tratando de sacarle información. ¿Me siguió o algo parecido? No lo creo, ya que de seguro él me hubiera detenido y arrastrado de vuelta a casa.

—No importa. Responde la pregunta —exige, y lo único que hago es levantar mis manos en forma de rendición.

—Bien, solo busqué otra entrada por un callejón.

—¿Ese callejón que tiene un enrejado alto y que cubre toda la pared? —asiento—. ¿Cómo mierda pasaste eso sin salir con un brazo roto?

—Había un agujero escondido en un costado y pasé por allí —él suspira con cansancio—. ¿Cómo es que sabes sobre ese enrejado?

—Estuve algunas veces allí. La cosa es que no quiero que vayas a lugares así, en donde la gente es desconocida y en donde nadie te puede proteger, Nat —Ty y sus preocupaciones. Eso es lo que me agrada de él, que se preocupa mucho, pero no me reta tanto como lo hace Sam. Sam me gritaría y me prohibiría salir del departamento durante un mes, y Ty solo me diría cuán preocupado lo pone que ande por allí, entrando a lugares extraños.

—Tranquilo, estuve con Damon. Bueno, me lo encontré allí y me quedé con él. De acuerdo, *me obligó* a quedarme con él —énfasis aquello último, con la tentación de rodar los ojos por el recuerdo. Ya me estoy dando cuenta de que Damon tiene un nivel muy alto de proteccionismo, y mucho más de querer ser el mandón del grupo.

—Sí, lo sé, él me lo contó cuando te trajo —refunfuña mirándome y apretando sus dedos en el volante. Es extraño ver a mi hermano de esa forma, porque casi nunca es así. Siempre es muy tranquilo. Tengo que acostumbrarme a los bramidos y gruñidos a partir de ahora, porque estoy más que segura que Damon me hablará gruñendo. Aun así, no puedo evitar no compararlos. Los de mi hermano no son nada parecidos a los de la bestia Woodgate. Ty gruñe como si fuera un perrito débil, mientras que Damon lo hace con fuerza y con enojo puro saliendo desde dentro—. No te hizo daño, ¿no? —niego con la cabeza y me pregunto qué daño podría hacerme Damon. No creo que me vea como un contrincante, ya que, con mi estatura y mis inexistentes músculos, dudo que yo pueda atemorizarlo en lo más mínimo. No tiene sentido—. Bien.

—Aguarda, ¿él me trajo hasta la puerta? Debe ser por eso que no recuerdo nada después de subirme a la moto... —murmuro para mí misma.

—Entonces, si él te hubiera hecho algo malo mientras dormías, ¿no lo recordarías? ¡Nat, no te tienes que dormir en ningún sitio con gente

que conoces de apenas horas! —prácticamente grita en mi oído mientras deja salir un suspiro de sus labios y comienza a hacer maniobras con el coche para aparcar—. Sí, él te trajo —responde más tranquilo, aparcando en el estacionamiento.

—¿Cómo es que sabe en dónde vivo? —cuestiono, analizando todo. Nunca le dije dónde vivía como para que él me llevara al departamento.

—Todos saben en dónde vivimos, Nat. Y creo que Damon no es la excepción, por lo que de seguro te vio con nosotros en el instituto y lo dedujo.

—Nunca lo vi por ningún lado fuera de clase... —susurro. A veces se me da por hablarme a mí misma las cosas en vez de pensarlas. Odio cuando hago eso porque todo el mundo puede escucharlo y no me doy cuenta de ello.

—El chico está en cualquier lugar siempre. Es como una sombra que se mueve y sabe todo de todos. Es muy observador, por lo que sé.

—Bien, Ty, tengo que irme a clases. ¡Nos vemos en el almuerzo! —lo saludo y salgo del *jeep*, caminando hacia la entrada de la escuela.

—¡Adiós! ¡Y hazme caso! ¡Nada de dormir en lugares extraños! —me río con fuerza, mientras me adentro al tumulto de alumnos. Él y sus locuras.

Paso por los pasillos repletos de estudiantes chillones y alocados para luego detenerme frente a la puerta de mi clase. Por suerte, esta vez no llegué tarde y no me matarán por eso. Entro sin darle importancia a las miradas de algunas chicas que hay ya sentadas, y busco con mis ojos un asiento en el fondo que esté disponible. Sonrío al ver que el lugar perteneciente a Damon está vacío. *Perfecto*. Camino hasta allí, ignorando los rumores de las personas y las risas de otras, y me siento. Saco mi cuaderno perteneciente a esta materia y lo dejo en la mesa para luego ponerme a dibujar cosas sin sentido en el margen de la hoja.

Diez minutos después, el aula ya está repleta y para mi sorpresa hay gente nueva. Miro alrededor y me doy cuenta de que no hay lugares

disponibles. Es más, hay personas que se sientan con otros en una mesa.

La Sra. Brown, la profesora de Biología de ayer, entra minutos después y comienza a dar su aburrida clase. No me culpen, puede que sea inteligente, pero no es que ame estudiar y prestar atención. Puede que sea fácil para mí, pero no es divertido hacer todo lo que ella dice o escribe. Con cansancio, escribo lo que dicta a la clase hasta que un golpe en la puerta nos interrumpe.

Damon entra sin darle una mirada a nadie, sabiendo que todos lo siguen con la mirada. Las chicas... Ugh, no pueden ser más obvias. Lo están mirando mientras se arreglan los pechos con poco disimulo. Y los chicos... De seguro están pensando en entrar a un gimnasio para que las chicas los mirasen igual que lo hacen con Damon.

Su robusto y gran cuerpo intimida a muchos, por lo que algunos apartan la mirada cuando él pasa por el pasillo entre los pupitres.

Él camina hacia mi asiento y lo miro con fastidio una vez que llega.

—¿Esto es una jodida broma? —protesta por lo bajo. Levanto una ceja.

—Claro que no, Muchachote.

—No me llames Muchachote, Natalie. Ahora vete. Es mi lugar y lo sabes.

—¿A dónde? ¿No te has dado cuenta de que no hay más lugares? —pregunto cruzándome de brazos—. Tendrás que sentarte en el suelo, *Muchachote* —comento remarcando su apodo y escucho su maldición. Adoro que odie cómo lo llamo. Es divertido ver su ceño fruncido con molestia al escucharlo.

—No me digas así —espeta furioso, mientras sonrío divertida.

—¿Cómo entonces?

—Damon —gruñe. Niego con la cabeza.

—Me gusta más Muchachote. Así te llamaré. De cualquier forma, gracias por la sugerencia.

—Señor Woodgate, ¿podría sentarse? Está interrumpiendo nuestra preciada clase —dice la profesora, entonces me tapo divertida la boca para no soltar una gran carcajada. *Preciada clase*, por supuesto.

—Preciada, *sí, claro* —murmura con ironía Damon, leyéndome el pensamiento, antes de darse la vuelta y sonreírle a la señora. Oh, y qué sonrisa. Nunca lo vi sonreír, así que... ¡Dios, no tengo palabras! Si antes ya era sexi, imagínense ahora con una sonrisa pegada en su rostro y mostrando unos pequeños hoyuelos en sus mejillas. Me estremezco internamente al verlo y siento cómo mi cuerpo se calienta y un rubor aparece en mis mejillas—. Lo siento, profesora, pero no tengo en dónde —indica él fingiendo tristeza. Una tristeza que no combina con su imagen de chico malo que usa chaquetas de cuero. Ella mira alrededor y asiente, estando de acuerdo con las palabras del chico junto a mí.

—Pues, póngase con la señorita Lawler y déjeme seguir con mi clase —musita suavemente mientras se ruboriza. La miro atónita al notar que cayó en sus redes. ¿Qué? ¿En serio? ¿Conmigo? ¡No es justo! Este chico sonríe cuando le conviene y solo para que las profesoras hagan lo que él quiera y caigan con su belleza. Lo fulmino con la mirada y Damon me mira burlonamente mientras trae una silla a mi lado —que vaya a saber Dios de dónde la sacó si toda la clase está llena—. La alejo un poco de mí antes de que se siente y me cruzo de brazos. Sin embargo, él no quita esa sonrisa y se acomoda aún más cerca.

—Aléjate un poco, tengo espacio personal, aunque no lo creas —espeto.

—No decías eso ayer en mi moto cuando te quedaste dormida en mi pecho —susurra en mi oído. Puedo sentir un escalofrío recorrerme de los pies a la cabeza, pero lo ignoro.

—Tenía sueño porque tú aburres mucho —me defiendo para que no vea que hirió mi orgullo, mientras ríe con gracia, intentando que la Sra. Brown no lo note. Y qué risa... *¡Mamma mía!* ¡Estoy que me quemo por dentro!

—Oh, créeme que no es cierto. Pregúntales a muchas chicas y te responderán todo lo contrario —sus ojos brillan con picardía y me

sorprendo ante sus palabras, ignorando el hecho de que me estoy preguntando internamente con cuántas del instituto lo hizo.

Será arrogante.

—Sabes... —lo miro—. Me da miedo ir a hablarles a esas zorras porque si me acerco mucho se me pegarán sus *ETS* —sonrió con falsedad, pestañando igual que lo hacen las coquetonas de por aquí, y él bufa.

—Claro —rueda los ojos.

—Oh, créeme que de seguro tienen enfermedades.

—No es cierto, Nat.

—Sí, claro. Y yo soy un unicornio de oro que devora dragones —aclaro irónica, al tanto en que volteo mi mirada hacia la profesora y comienzo a anotar las estupideces que escribe en la pizarra. Él gruñe con molestia y hace lo mismo que yo, no antes de lanzarme una mirada cargada de odio.

—No uses la ironía conmigo, Natalie —suelta furioso.

—Si quiero, lo hago. Tú no me mandas —lo miro antes de seguir copiando.

—No me provoques —amenaza, sin embargo, me encojo de hombros para quitarle importancia.

—Como tú digas, Muchachote —luego de otro gruñido de su parte, ninguno vuelve a hablar.

Salgo apresurada de esa tediosa clase, sin darle ni una mirada a Damon, y camino por el lugar con tranquilidad, pasando y empujando a las personas que hacen lo mismo conmigo para llegar primeros a no sé dónde. Luego, cuando veo la hora, me sorprendo y salgo corriendo hacia la cancha de fútbol americano. Pero en el camino, un cuerpo pequeño y cubierto con ropa holgada me impide seguir. Emma retuerce las manos antes de subir la mirada y encontrarse con la mía. Está inquieta y casi temblando. Lleva puesta una remera común y corriente, un poco más grande que su talla, y unos pantalones de gimnasia anchos de color negros. Unas zapatillas del mismo color

cubren sus pequeños pies y, por encima de su remera, lleva puesta una sudadera abierta.

—Nat... Am... Yo... —empieza a decir con nerviosismo, rascándose la nuca lentamente, mientras sus ojos miran hacia todos lados—. ¿Cuándo iremos de compras para mi cambio de *look*? —la observo con una ceja levantada y sonrío por lo apresurada que suena.

—Cuando quieras. ¿Por qué tanto apuro? —ella mira hacia otro lado y sigo su mirada.

Sam se encuentra parado en las gradas con una rubia de ojos celestes, conversando. Mejor dicho, coqueteándose el uno al otro. Finalmente, comprendo. Emma está celosa y quiere verse linda lo antes posible para conquistarlo.

—Así que estás celosa... —la miro con burla burbujeando en mis ojos y una media sonrisa en mis labios. Me devuelve la mirada con un «no me jodas» en ella y rueda sus oscuros ojos.

—¡No te burles, sabes que me gusta! —susurra bajando la vista. Poso mi mano en su hombro y lo aprieto para darle ánimos.

—Hey, no te enojés. ¿Cuándo quieres ir? —al oírme, levanta la cabeza rápidamente.

—¡Hoy! ¿Te quieres quedar a dormir? Creo que tardaremos *demasiado* en arreglarme —dice señalándose a sí misma. A pesar de que Emma es muy linda, ella no lo nota. Sus lentes hacen que sus ojos sean más grandes y más tiernos. Ese color de pelo le queda espectacular con su tono de piel, pero su ropa es todo un caso. Aunque, claro, tengo planeado cambiar un poco de todo y aun así seguir dejando a la simple y bella Emma.

—Sí, me encantaría. Te advierto que me agoto rápido yendo de compras y ando de un pésimo humor. Si pasa eso, me pegas una bofetada y listo —sonríe y ella dudosa asiente.

—Bien.

Caminamos juntas a las gradas y esperamos, al igual que ayer, a que el entrenamiento termine. En la espera, le comento a Emma que la iré

a ver algún día bailar. Ella me dice que no es nada del otro mundo y que hay chicas que bailan mejor, pero solo me encojo de hombros, restándole importancia. Si le gusta bailar, pues le daré ánimos. Si es mala haciéndolo, entonces... No lo sé, también la apoyaré.

Cuando el entrenamiento termina, nos sentamos todos en la misma mesa que el día anterior, y comenzamos una plática amena. Nos reímos de las boberías de Sam y para mi sorpresa, Emma también ríe con nosotros, pero los que más destacamos somos los hermanos. Noto que es tímida y le cuesta soltarse para disfrutar de todo.

Emma no mira casi nada a mi hermano y es por eso por lo que él comienza a hacer chistes espantosos con tal de hacerla reír. Por suerte lo logra. La sonrisa de Sam se hace cada vez más grande que casi me río de lo tonto que se ve. Tyler lo nota también, y se une a mi risa interna.

Salgo a las cuatro de la tarde y no encuentro a nadie en el estacionamiento. Camino unos minutos, tratando de encontrar a alguno de mis hermanos, pero nada. No están.

Mi celular comienza a sonar, avisando que tengo un nuevo mensaje. Desbloqueo la pantalla táctil y lo abro. Es de Emma.

Lo siento, me avisaron que tenía ensayo obligatorio y tuve que ir. Vamos a ensayar dos o tres veces y luego salgo. ¿Me esperas en la entrada?

Claro. Iré a buscar ropa a mi casa y luego te recojo. ¿Bien?

A los segundos, su respuesta llega.

¡Claro, gracias!

Guardo en mi chaqueta mi celular y veo a los lados. ¿Dónde mierda están los chicos cuando los necesito? ¡Se supone que estarían aquí!

Minutos después, me doy por vencida. Me dejaron sola y sin nadie que me venga a buscar. Por lo tanto, llamo a Sam.

Por suerte, contesta a los tres pitidos.

—Idiota, ¿dónde están? ¡Se supone que me esperarían! —exclamo frustrada.

—Emma me dijo que te quedarías en su casa, por lo que hice planes —contesta y luego se ríe al escuchar a una chica hablarle—. No me tomas en un buen momento para hablar, hermanita. Lo siento, tengo que colgar —y luego corta la llamada como si nada, dejándome con la boca abierta y con miles de insultos hacia su persona.

¿¡Qué!?! ¿Está con una chica? Joder. ¿Cuándo le dijo Emma que me quedaría a dormir en su casa? Nunca la escuché hablar de eso con nadie en la mesa.

Marco el número de Ty y este no responde. ¿Le habrá pasado algo? Marco de nuevo, pero sigue sin dar señales de vida. No creo que algo malo le haya pasado porque es fuerte y no tiene tan mala suerte. Sinceramente, a la hora de defenderse, no es el mismo chico responsable, sincero y amistoso. Es todo lo contrario. Y más si se enoja.

En vista de que nadie está aquí para mí, tendré que ir caminando al departamento.

Ugh, hasta eso me da pereza a esta hora, donde todo el peso del día me cae encima y lo único que quiero es estar acostada en mi cama. Pero no, tengo que caminar y luego ir con Emma de compras. Empiezo a andar por las calles en donde hay algunas personas tomadas de las manos y otras dándose amor. Literalmente dándose carteles que dicen «te doy mi amor». Otras, solo caminan mientras hablan con sonrisas pegadas en sus rostros.

El cielo está nublado, pero creo que por ahora no va a llover. Siento el frescor colarse por entre las mangas de mi abrigo de tela fina y me estremezco. Unas cuadras más adelante, mientras camino con tranquilidad por las calles de Filadelfia, un sonido llama mi atención a mis espaldas. Me doy la vuelta y veo aparcar a mi lado una moto negra y sobre ella al dueño con un casco.

Lo miro confusa, pero sigo caminando. Siempre me dijeron que no hablara con desconocidos y eso es lo que voy a hacer. Por lo tanto, ignoro a esa persona que me sigue y acelero mis pasos.

—Sube —dice su voz apagada por el casco. Frunzo el ceño y sin mirarle, niego con la cabeza. Él gruñe y masculla una pequeña y ligera maldición—. Sube, maldita sea. Te llevaré —esta vez ruge, y su voz me llega al corazón, congelando mi sangre. Este se acelera con una descarga eléctrica recorriéndome por completo el cuerpo. Mis ojos se desplazan de la moto hasta su casco y vuelvo a fruncir el ceño, intentando que mi pulso se calme. Esa voz. Aumento mis pasos para poder así dejar atrás a esa persona desconocida y poder llegar lo más rápido a mí casa—. ¡Natalie, no me ignores! —y es ahí cuando puedo reconocerlo.

Claro, con el peculiar lenguaje y con su forma de expresarse, no es fácil de olvidar esa persona.